

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El torpedo

De modo poco menos que anónimo, sin darle mayor importancia, la señorita Brigitte Montfort es enviada «por algún personaje de Washington» a un lugar de la costa atlántica de los Estados Unidos, donde en la secretísima base llamada Top Secret, es decir, Máximo Secreto, existen unas instalaciones dedicadas a la creación y perfeccionamiento ulterior de cierta arma que dotaría a la Marina de USA de un gran poder ofensivo. Claro: esta creación armamentística es tan secreta como todo lo que la entorna. Lo único que sí se ha llegado a saber es que se trata de un torpedo. Y entonces, cabe preguntarse: ¿tanto misterio y tanta presunción por un torpedo? Porque aunque estamos en 1967, ya hay armas temibles en el mundo, y los torpedos no son precisamente desconocidos en las contiendas bélicas. Conclusión por demás obvia: ese torpedo tiene que ser especial…



Lou Carrigan

El torpedo

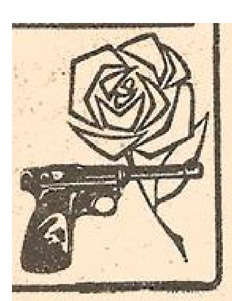
Brigitte en acción - 55

ePub r1.0
Titivillus 30.06.2017

Lou Carrigan, 1967
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

—Parece que se han tomado todas las precauciones, mi general.

—Absolutamente todas. Es un nuevo ingenio, que puede significar mucho en una posible futura guerra. Comprenda que es lógico que haya sido estudiado hasta el último detalle, señorita.

—Lo comprendo —sonrió la muchacha—. Y espero que todo salga a gusto de ustedes.

—¿Por qué no? —sonrió también el general Harry T. Pearson.

Viajaban los dos en un coche particular, negro, cerrado. Al fondo se veía ya el azul del mar, en la costa atlántica. Eso era todo. Ningún punto de referencia. Un lugar en la costa atlántica, y no había más que hablar.

El chófer debía de haber recibido instrucciones precisas al respecto, porque había viajado posiblemente un par de horas más de las normales para llegar a aquel punto, tomando carreteras secundarias, caminos de tierra, luego la principal… Finalmente, estaban llegando a destino: un punto de la costa atlántica.

Y, cerca de la playa, unos cuantos *bungalows*.

Casi en el borde mismo del agua, media docena de parasoles de colores. Anclados en la orilla, un par de balandros deportivos, una lancha grande, tres o cuatro patines de vela… Para cualquier curioso que tuviera la ocurrencia de llegarse a aquel arenoso punto de la costa, aquello sólo podía ser un lugar donde unos cuantos caprichosos habían formado un campamento o núcleo de alojamientos más o menos cómodos con vistas a unas vacaciones en la playa.

Había una valla de troncos sin desbastar cerrando la entrada al recinto de *bungalows*. Y en la misma entrada, un hombre, de paisano. Llevaba una camisa de colores y unos *shorts*. Iba descalzo.

También para el observador corriente aquél era un hombre que tomaba el sol sentado en un tronco, recortando alguna figura en el

trozo de madera, manejando pacientemente la navaja. Pero un observador atento y sagaz habría notado el bulto de la pistola bajo la axila izquierda, apenas perceptible en la camisa de colores.

El hombre se puso en pie cuando el coche se detuvo delante del portalón de entrada y se acercó indolentemente, como si nada en la vida tuviese la menor importancia. Se quedó delante del coche, mirando al chófer, y pareció dispuesto a continuar esculpiendo una figura en el trozo de madera.

Pero el general Pearson se apeó del coche y se acercó a él.

—¿Verano? —musitó.

El hombre se quedó mirándolo atentamente.

—No: primavera deliciosa.

—¿Puede demostrarlo?

—Demuéstrelo usted.

El general sacó una cartulina y la mostró al hombre de la camisa de colores. Éste la miró, comprobó la autenticidad del visitante sobre la foto de la cartulina y asintió con la cabeza.

—Lo están esperando, mi general. Bien venido a la base Top Secret.

—Siga vigilando.

—A la orden, mi general.

Éste regresó al coche, y el chófer continuó adelante, entrando en el recinto, directo hacia uno de los *bungalows*, el marcado con el número uno. De allí salían ya varios hombres, todos ellos con el más logrado aspecto deportivo y festivo. *Shorts*, camisas de colores, sandalias de paja, pies descalzos, lentes de sol, gorras blancas… Todos estaban muy bronceados y parecían pletóricos de salud. Incluso el de más edad. Debía de tener unos cuarenta y cinco años, posiblemente muy cerca de los cincuenta. Era un poco calvo, y su cabeza se veía tan bronceada como el resto del cuerpo.

Fue el primero en llegar junto al coche, justo cuando se apeaba el general.

—Bien venido, mi general —saludó, sin movimiento marcial alguno—. ¿Ha tenido buen viaje desde Washington?

—Muy bueno, coronel Roberts. Gracias. Parece que ustedes lo están pasando muy bien aquí.

—Hacemos lo posible. En realidad, todos trabajamos mucho, pero debemos aparentar que no hacemos nada en todo el día. Y eso

cansa bastante.

—Lo creo —sonrió el general—. ¿Todo va bien?

—Por el momento. Aunque, realmente, mi general, si me lo permite le diré que todas estas precauciones son un poco… excesivas.

Harry T. Pearson frunció el ceño. Era un hombre alto, de hombros anchos, muy fuerte. Había pasado ya de los cincuenta, pero todo su aspecto conservaba un cierto aire juvenil lleno de energía.

Sus ojos eran grises, casi pequeños, y se movían velozmente hacia todos lados, como si quisiera estar al tanto de todo lo que ocurría cerca de él.

—Posiblemente, coronel. Sin embargo, ésta es un arma nueva, se ha construido en una base secreta, y así seguirán las cosas hasta que todo esté terminado.

—Por supuesto, señor. Ha sido una observación personal, que en modo alguno significa fastidio o aburrimiento.

—Así lo he entendido. ¿Me presenta a sus hombres?

El coronel Roberts hizo una seña, y los demás hombres se acercaron. Para un posible observador lejano, aquélla era la presentación de unos cuantos amigos a un recién llegado al campamento de veraneo. El coronel Roberts presentó a no menos de una docena de oficiales de la United States Marine Corps, y luego a tres paisanos agregados, que habían colaborado muy eficazmente en la creación del nuevo ingenio bélico.

—Señores: el general Harry Thobia Pearson.

Naturalmente, había sido el último en ser presentado, a pesar de que todos sabían quién era su muy importante visitante, el cual les había ido estrechando la mano a medida que se los presentaban.

—Bien, señores: veamos ahora esa base. Y, si es posible, el torpedo. Estoy deseando…

Se calló de pronto, porque comprendió que no le prestaban demasiada atención. Todos los oficiales de la USMC y los paisanos miraban algo que no tenía nada que ver con el general, hacia las espaldas de éste. Pearson se volvió y sonrió comprensivamente. Él también se había sentido impresionado cuando le habían presentado a la muchacha.

Ella había descendido del coche y parecía esperar algo. Era de

mediana estatura, cabellos negros, enormes ojos azules llenos de risa, de inteligencia. Un ligero vestidito de delgadísimos tirantes en los hombros permitía adivinar la maravillosa forma de su cuerpo. Y sus labios, llenitos y sonrosados, se estiraban en una dulce sonrisa.

—Oh, perdón… Emmm… Les presento a la señorita Montfort. Brigitte Montfort. Ah… En cuanto al chófer, por supuesto, es mi ayudante, el mayor Jeff Sils.

Hubo algunos movimientos de cabeza hacia el mayor Sils, pero los ojos continuaron fijos en aquella deslumbrante belleza. Brigitte Montfort había sonreído más ampliamente, inclinando la cabeza, y pareció que una brisa nueva soplaba en la playa.

—Em… La señorita Montfort pertenece a un periódico neoyorquino, el Morning News. Está considerada como una de las mejores periodistas del país. Estoy seguro, señorita Montfort, de que ha oído usted los nombres de estos caballeros. No creo que los recuerde, pero es posible que tengan ocasión de conocerse mejor.

Brigitte Baby Montfort, la espía de categoría primerísima de lujo de la CIA, hubiese podido decirle al general Pearson que estaba completamente equivocado, que recordaba perfectamente los nombres y graduaciones de aquellos oficiales, y que posiblemente tardaría algunos años en olvidarlos.

Pero no tenía por qué alardear de memoria.

—¿Cómo están ustedes, caballeros? Espero que, en efecto, tengamos oportunidad para conocernos mejor.

Estrechó sus manos. Y quizá puso un poco más de calor cuando estrechó la del capitán Aldo Manning, sin duda el más apuesto e interesante del grupo. Medía seis pies, sus hombros eran formidables, tenía media docena de canas en las sienes y sus ojos miraban como si dentro tuviese fuego.

Pese a las pocas canas, resultaba difícil calcularle más de treinta y cinco años.

El coronel Josuah Roberts, tras estrechar en primer lugar la mano de Brigitte, estaba mirando un poco desconcertado al general.

—Perdone, señor… ¿El Morning News, ha dicho?

—Sí, coronel.

—Bien… Creo que ése es un diario privado, sin conexión con ninguna clase de organismo militar o estatal, y. Me pregunto qué hace la señorita Montfort aquí, señor. Que yo sepa, ningún

periódico ha sido invitado a presenciar ninguna clase de pruebas, ni a ver la nueva arma.

—Así es. Sin embargo, la señorita Montfort me fue presentada en Washington, poco antes de partir hacia este lugar. Parece ser que obtendrá las primicias de nuestra información para su periódico. Claro es que esa información será convenientemente controlada. Por el momento, la señorita Montfort se limitará a ver, oír y callar. Cuando reciba la autorización, publicará lo que sea pertinente.

—¿Entiendo que ella puede ver el torpedo?

—Eso no. Todo, menos el torpedo.

—Bien… Según parece, la señorita Montfort tiene muy buenas influencias en Washington, señor.

—Yo diría que conoce a muchas personas importantes, en efecto, coronel —sonrió Pearson—. Ya sabe lo que ocurre con muchos periodistas. Se las arreglan para tener amigos hasta en el infierno. El caso es que la señorita Montfort está autorizada a recorrer la base Top Secret y a tomar las notas o apuntes gráficos que precise. El único sitio vedado para ella es la sala del torpedo. ¿Podemos ir allá, coronel?

—Cuando guste, señor.

Se apartó, dejando el paso libre hacia el *bungalow* número uno. En aquel momento empezaba a aparecer gente en la orilla del mar. No menos de una docena de hombres-rana llegaban a la playa, completamente equipados. Aparecieron todos casi al mismo tiempo, y se sentaron sobre la arena mojada, para quitarse las aletas de goma. No se oyó ni siquiera una voz, o un suspiro… El silencio era notable, haciendo resaltar el rumor del mar.

—Los *frogmen* de la base Top Secret, señor —explicó el coronel Roberts—. Su entrenamiento es diario. Y al mismo tiempo exploran esta parte de la costa. Como puede observar, todas las instrucciones son seguidas rigurosamente.

—Me place que así sea, coronel.

—Creo que no hay en toda la Marina mejores hombres que los que ve usted ahora, mi general. Han sido seleccionados con un rigor en verdad estricto… Por cierto: olvidé decirle a usted que el capitán Manning es el comandante de esa docena de hombres. La Marina le concedió el nombramiento de *frogman* número uno, hace un par de meses.

El general Pearson desvió su mirada hacia Aldo Manning, el apuesto oficial que había agradado tanto a Brigitte.

—¿No debería estar usted con sus hombres, capitán?

—Siempre estoy con ellos, señor. Pero el coronel Roberts pensó que a su llegada debíamos estar presentes los comandantes de los diversos grupos.

—En efecto —corroboró Roberts—. El capitán Manning jamás deja de hacer lo que le corresponde. La culpa es mía, mi general.

—Bien. No importa. Le ruego que me perdone, capitán Manning.

—No hay por qué, señor. Y, si me lo permite, iré a ver qué dicen mis muchachos.

—Lo permito y lo aplaudo. Le esperamos aquí mismo.

Aldo Manning se dirigió hacia la playa, seguido de la mirada admirativa de Brigitte Montfort. En verdad que el comandante del grupo de *frogmen* era un tipo recio, viril, atractivo… Lo vio detenerse detrás de los buceadores y oyó su seca orden. Uno a uno, la docena de hombres-rana fueron alzando su mano derecha, con el pulgar hacia arriba, mencionando su nombre. Manning emitió otra seca orden y regresó al grupo, deteniéndose ante el coronel.

—Sin novedad, señor.

Roberts se volvió hacia el general Pearson.

—Todo bien, mi general. Rutina. Cuando quiera, podemos entrar en la base.

Empezaron a entrar todos en el *bungalow* número uno. Brigitte miraba de reojo a Manning, cuya atención parecía destinada exclusivamente a sus hombres, que llegaban de la playa, hacia los demás *bungalows*, mirando con apasionada simpatía a Brigitte. Sin embargo, dos de ellos no le prestaron esa misma atención, de momento. Brigitte hubiera jurado que, por un segundo, miraron a Manning y encogieron los hombros, con el clásico gesto de quien no sabe qué otra cosa hacer para patentizar su desconcierto de algo. Manning se volvió inmediatamente hacía la entrada al *bungalow*, inexpresivo el rostro, y Brigitte se apresuró a simular que toda su atención se concentraba en su visita a la base de la Marina llamada Top Secret.

Ya dentro del *bungalow*, el coronel Roberts estaba dando explicaciones al general Pearson.

—Como puede ver, señor, desde fuera todo es normal y

corriente. Incluso mirando por una ventana o puerta, esto no es más que un simple *bungalow*. Y el hecho de ver a un hombre tumbado en una extensible da más… ambiente.

Pero el hombre que había estado tumbado en una extensible se había puesto en pie, y casi permanecía en posición de firmes. Cerca de sus pies una nevera portátil, que Roberts señaló, sonriendo.

—Naturalmente, ahí dentro no hay *whisky*, mi general. Sería demasiado. Hay solamente un par de cocacolas y una metralleta… Sin hielo, por supuesto. La vigilancia en la base es disimulada, pero muy efectiva.

—Magnífico, coronel. Entremos ya.

Josuah Roberts hizo una seña, y el hombre que había estado cómodamente tumbado en la extensible la apartó. Dio cuatro golpes seguidos en el piso de tablas, y luego dos espaciados. Inmediatamente, un rectángulo de madera se alzó un par de pulgadas. El vigilante del *bungalow* metió los dedos y acabó de alzar la trampilla. Roberts señaló el hueco.

—Usted primero, señor.

Se veían unos escalones de madera. El general Pearson bajó por ellos, seguido del coronel. Luego descendió Brigitte, que obtuvo una amable primacía por parte de los oficiales de la base Top Secret.

Apenas iniciar el descenso, la cosa cambiaba. Paredes de chapa de acero, asientos metálicos, pantalla de televisión, radar, sistema de sonar, radio, armero, equipos eléctricos de soldadura, equipos de hombres-rana, regulador de temperatura y sistema de aire. Una docena de hombres estaban distribuidos atendiendo los diversos aparatos en todo momento. Un altísimo marine estaba al pie de la escalera de madera, con una metralleta en las manos, que cruzaba entonces ante el pecho. Había dos gigantescos marines más, con uniforme de campaña ligero, casco blanco. Cada uno de ellos tenía también una metralleta en las manos. Uno, parecía cerrar con su colosal figura la entrada a un recinto cuya puerta era de gruesa chapa de acero también El otro, desde un rincón, en posición de descanso, podía abarcar todo cuanto sucedía en aquel recinto metálico, de forma cuadrada, casi sesenta pies por lado.

—El número tres —Roberts señaló al de la escalera— vigila la entrada. Autoriza a entrar y a salir. El número dos —señaló al del rincón del fondo— vigila toda la nave. El número uno guarda la

puerta a la sala del torpedo. Los demás atienden los diversos sistemas de vigilancia y alarma. Nada se les escapa… ¿Han regresado los *frogmen*, Johnnie?

—¡Sí, mi corone! Los doce. Hace… —Miró la cuartilla de anotaciones— hace dos minutos y medio, señor.

Roberts sonrió, complacido.

—Tenemos radar, sonar, radio, televisión en circuito cerrado dominando con teleobjetivos la costa y el mar en un radio de media milla como mínimo… Dos es el máximo. Durante el día, ésta es la dotación de nuestros servicios de control y vigilancia. A la noche quedan tres técnicos… y siempre tres vigilantes especiales.

—Formidable, coronel. ¿Podemos ver el torpedo ahora?

—Desde luego. En cuanto a sus… características, supongo que ya ha sido informado debidamente, y que no será necesario, por tanto, que yo le dé explicaciones. Le recuerdo a usted, señor, que de todos los presentes solamente usted y yo conocemos la utilidad del torpedo. Ni siquiera el capitán Manning, que será el encargado de probarlo, sabe exactamente en qué consiste esa arma nueva.

—¿Y se atreve a tripularla? —musitó Pearson.

—El capitán Manning se atreve a todo, señor. Como dicen en las novelas, el capitán Manning no tiene la palabra miedo en su vocabulario. Además, ya le he dicho que es el *frogman* número uno. Y un gran oficial… ¿Por qué ha de tener miedo? ¿No es cierto, Aldo?

—Es cierto, señor —dijo firmemente Aldo Manning.

—Es un hombre responsable, además. El mejor para este asunto… Cuando quiera iremos a ver el torpedo, mi general. Los demás, por favor, deberán quedarse aquí. Aldo, usted puede venir.

Aldo Manning, el coronel y el general se acercaron a la puerta de chapa de acero, y el gigantesco marine la abrió. Manning tenía las manos cruzadas ante el vientre. Unas manos grandes, fuertes, muy tostadas por el sol. En una de ellas llevaba una sortija con una gran piedra verde oscuro, que estaba a menos de tres pies del sistema de mandos que tuvo que oprimir el marine para que la puerta se abriese.

Segundos después, los tres desaparecían, y la puerta se cerraba.

—Así son las cosas —dijo alguien junto a Brigitte—. Todos lo hemos hecho, pero sólo unos pocos podrán verlo.

—¿Se refiere al torpedo? —inquirió Brigitte.

—En efecto. Ha sido trabajo de muchos… Un trabajo largo, paciente… Control a distancia, asiento biplaza en su interior, sistema de radar y radio… Todos hemos colaborado. Y ahora sólo tres personas pueden verlo. ¿Y sabe por qué, señorita Montfort?

—Pues no… Bueno, imagino algo, pero no sé…

—Porque está terminado. Cuando todos los técnicos que hemos intervenido en esto dimos nuestro visto bueno definitivo, el torpedo fue terminado por otras manos, que pusieron el punto final, algo que faltaba. A partir de entonces, nadie puede verlo.

—Creí que lo habían terminado ustedes, señor Williams.

—Oh, es muy amable al recordar mi nombre —sonrió Chester Williams—. Pero no. No lo terminamos nosotros. Faltaba la cabeza del torpedo.

—¿La carga explosiva? —sonrió Brigitte.

—Cualquiera sabe. Yo he dicho la «cabeza». Calculo… Bueno, espero no estar hablando de más. Le agradecería que mis palabras no fuesen publicadas en…

—Todos mis artículos sobre esta base y el torpedo tendrán que esperar, señor Williams. Además, pasarán por una severísima censura del Departamento de Guerra en Washington.

—Eso es otra cosa —suspiró Williams—. La verdad es que estoy preocupado… Espero que no hayamos construido otra bomba atómica. Quiero decir, algo… algo terrible… No sé si me entiende…

—Lo entiendo. ¿Tiene usted remordimientos, señor Williams?

—No, no… Bueno, hemos sido muchos los que hemos trabajado en esto… Aquí nos tiene a todos. En todo caso, la culpa de lo que pudiera ocurrir no sería únicamente mía.

—Lo cual es un consuelo —sonrió secamente Brigitte.

—No muy grande, lo admito. Ninguno de nosotros pretende ocultar su responsabilidad probable en la construcción de ese artefacto, si eso es lo que piensa Cada uno ha hecho algo, y todos sabemos que el torpedo es fruto del trabajo de un equipo. Todos culpables o todos inocentes. Pero eso no significa nada a la hora de la verdad.

—¿Qué verdad?

—El resultado…, el empleo de ese torpedo.

—¿Cómo es? ¿Cómo es exactamente ese torpedo?

—Pues… Supongo que le permitirán verlo… a su debido tiempo…

—¿He sido indiscreta? —sonrió la divina espía.

—No, no… Es periodista, eso es todo. Y parece que el general Pearson será el encargado de informarla a usted, de modo que nosotros no tenemos gran cosa que decirle.

—Entonces, esperaré. ¿Se puede fumar aquí?

—Desde luego. No hay ningún peligro.

Brigitte sacó un cigarrillo. Varios de los presentes sacaron sus encendedores del bolsillo, de los *shorts* y los accionaron. Brigitte miró a su alrededor, sonriendo.

—Parece que sólo hay un medio de no defraudar a nadie… O de defraudar a todos. Usaré mi propio encendedor. De todos modos, muchas gracias, caballeros. Son ustedes muy amables.

Sacó su encendedor y lo accionó varias veces antes de que saliera la llamita. Y, al mismo tiempo, la espía de lujo de la CIA giraba el cuerpo, como mirando con curiosidad el recinto de chapa de acero.

* * *

El general Pearson, el coronel Roberts y el capitán Manning estuvieron en la sala del torpedo durante veinte minutos. Cuando salieron, el rostro del general expresaba una gran satisfacción.

—Señores, el objetivo llegará pasado mañana, al amanecer, a una hora que sabrán a su debido tiempo. Parece que todo está en perfecta disposición para funcionar, pero… lo sabremos seguro pasado mañana. Pueden volver cada uno a su traajo.

El marine estaba accionando los mandos que cerraban la puerta de acero. Y Brigitte Baby Montfort tenía la vista fija en las manos de Aldo Manning, nuevamente colocadas ante el vientre, una sobre otra, destacando en la morena piel la bonita sortija de piedra verde. Manning separó las manos cuando la puerta estuvo cerrada, y se volvió. Para entonces, la espía Baby mostraba su encantadora sonrisa habitual.

—Dígame, general, ¿qué es eso del objetivo? —preguntó.

—Es un barco viejo, señorita Montfort. Está navegando hacia estas aguas. Cinco millas antes de llegar al punto fijado, será

abandonado por su tripulación. El barco seguirá adelante, con las máquinas funcionando. Y al llegar al punto «Torpedo», será… torpedeado.

—¿Por el nuevo torpedo?

—Así es.

—¿Cuáles se espera que sean los resultados?

Harry T. Pearson frunció el ceño. De pronto, se echó a reír.

—La invito a tomar algo fresco, señorita Montfort. Eso distraerá un poco su impaciencia. Creo que tenemos una especie de… salón de recreo en este lugar. Una especie de bar y club.

—Aceptaré su invitación en otro momento. Ahora quisiera ducharme y cambiarme de ropa. Quizá me dé un baño en la playa… ¿Está prohibido?

—De ninguna manera. El mayor Sils la llevará a su *bungalow*. Los más grandes son para los soldados, doce en cada uno. Los medianos son para los técnicos. Y los pequeños son para los oficiales. Usted ocupará uno de éstos. Y hasta la hora de la cena, puede deambular libremente por este… campamento de veraneantes. Supongo que está justificada la confianza que han depositado en usted ciertos personajes de Washington.

—Naturalmente, general —sonrió la espía—. Ha sido un placer conocerlos, caballeros.

De nuevo subió en tercer lugar, detrás de Roberts, y éste detrás de Pearson. Arriba estaba el gigantesco hombre, que les abrió la trampilla de madera forrada en su parte inferior por chapa de acero.

Cuando salieron del *bungalow*, el sol los cegó momentáneamente a todos. Sólo se veían palmeras, vegetación costera, el mar, el cielo azul y unas cuantas gaviotas. El silencio era absoluto, roto únicamente por el rumor de las olas.

Y bajo aquel bucólico ambiente, una base de acero llamada Top Secret, que contenía una nueva arma de los Estados Unidos de América. Una simple arma a la que se llamaba torpedo, sencillamente.

¿O no era un arma simple?

No debía de serlo, cuando había sido construida en aquella base recién creada y llamada Top Secret.

Capítulo II

Al parecer, cada *bungalow* era compartido por dos oficiales o técnicos. Lo cual significaba que Brigitte había privado a dos de estos hombres de su alojamiento, y que deberían agregarse a otro *bungalow*. Pero nadie había hecho el menor comentario. Tener allí a una belleza de aquella categoría valía la pena de cualquier sacrificio. La moral de los hombres aislados sube, o por lo menos se mantiene, cuando una mujer hermosa les sonríe.

Sólo que, en aquellos momentos, Brigitte Montfort no sonreía. Ya había colocado sus prendas en uno de los armarios vaciados a toda prisa por los oficiales que habían estado ocupando el *bungalow*. Y ahora, en bikini, estaba contemplando los aparatos que había en el doble fondo de la maleta. Todo un equipo, aparte de las pequeñas cosas que siempre llevaba en su maletín rojo con florecillas azules estampadas.

Estuvo contemplando todo aquello durante un par de minutos, muy pensativa. Por supuesto, estaba siendo quizá muy desconfiada, pero, precisamente, estaba en Top Secret para eso: para desconfiar. Y había algo que la tenía inquieta. Aquella inquietud indefinible, que tantas veces le había dado resultado.

Por fin, tomó la decisión. Sacó el bolsito de paja, puso dentro su encendedor-cámara que ya contenía algunas microfotos, tabaco, los lentes de cristales oscuros, la polvera-micrófono…

Segundos después, salía del *bungalow*, en bikini, directa hacia la playa. Pareció pensar algo de pronto, y se dirigió hacia el *bungalow*-club. Cuando se asomó allá, el rumor de los marines y hombres-rana que bebían cocacola y jugaban al ajedrez o las damas, cesó bruscamente. Y dos segundos después se oyó un silbido unánime. Tres o cuatro muchachos, altos y fuertes, tostados por el sol, se abalanzaron hacia la puerta, dándose codazos.

—¡Yo la he visto primero!

—¡Quita de aquí, gorila!

—¡Apartaos, pequeños, que llega un hombre…!

—¡La invito a cocacola…!

Brigitte alzó una manita, sonriendo.

—Son ustedes muy amables… ¿Quién me indica el *bungalow* del capitán Manning?

Se oyó un abucheo general, pero los marines se resignaron pronto. Casi todos querían acompañarla, pero Brigitte señaló a uno de los dos que, según ella había creído, habían hecho una seña a Manning cuando regresaban de la playa.

—Usted —señaló.

—¡Pero si es el más feo! —exclamó otro marine.

Hubo risas y burlas, pero el señalado por Brigitte se adelantó, sonriendo ampliamente.

—Apartaos, sardinas viudas. La señorita ha sabido elegir.

Otro abucheo. Brigitte salió del *bungalow*-club, seguida del buceador. Los demás salieron al porche, y cuando ella se alejaba, volvieron a silbar. No era para menos. Tardarían muchos años en volver a ver una escultura semejante en bikini.

—¿Conoce usted al capitán Manning? —preguntó el buceador.

—Me lo presentaron antes… Quisiera pedirle un favor.

—¿A mí?

—A él… —rió Brigitte—. ¿Usted cómo se llama?

—Cabo Ray Smith, de los *frogmen* de la Marina.

—Encantada. Yo soy Brigitte Montfort, periodista del Morning News. Tengo autorización para…

—Hemos sido avisados. Aquel es el *bungalow* del capitán Manning… ¿Qué favor piensa pedirle? Se lo digo porque el capitán es un hombre algo… áspero. Si pudiese servirla yo…

—Primero se lo diré a él, que esta mañana no ha trabajado. Muchas gracias, Ray.

—De nada —parpadeó el «rana»—. Si quiere algo más, pídalo.

Brigitte sonrió y continuó sola hacia el *bungalow*. Cuando llamó a la puerta sabía ya muy bien lo que tenía que decir.

No fue Aldo Manning quien abrió la puerta, sino, precisamente, el otro «rana» que, junto con Ray Smith, había hecho la seña a su capitán.

—Usted es la señorita Montfort —sonrió.

—En efecto…

—Teniente Spencer Douglas, de los *frogmen* de la Marina… A sus pies.

—Encantada, teniente. Yo… quisiera ver al capitán Manning, y el cabo Smith me ha dicho que éste es su *bungalow*.

—Lo es. Aldo está cambiándose… Enseguida la atenderá. Pase, por favor… ¡Aldo, tienes una visita sensacional!

Brigitte entró en el *bungalow*, sonriendo. No era muy grande, igual que el suyo, pero resultaba más que suficiente para dos hombres. Había dos literas, sillas, una mesita, una vieja librería con dos docenas escasas de libros, un armario grande, cañas de pescar… Al fondo, una cortina. Una cortina oscura, que ella no había visto en su *bungalow*.

Aldo Manning apareció de detrás de aquella cortina, corriéndola completamente hacia una pared del *bungalow*. Y en aquel rincón quedó visible un viejo buró, con papeles, una pantalla, más libros… Aldo Manning apareció en *slip*. Tenía fruncido el ceño, pero enseguida mostró una expresión cortés, aunque un tanto seca.

—Señorita Montfort… ¿Puedo servirla en algo?

—Bueno… Temo que vengo a molestarle, capitán Manning… De todos modos, no quisiera… Quizás encuentre a otra persona que…

—Dígame lo que desea —sonrió Manning, quizá comprendiendo que no se estaba mostrando muy amable.

—He estado pensando… Supongo que el torpedo tiene la salida directa hacia el mar.

—Naturalmente.

—Y me pregunto si yo podría ver algo de eso. Supongo que se habrá practicado un túnel, se habrá recubierto de chapa de acero… Me gustaría ver la salida, y cómo está protegida… En fin, quisiera poder describir bien este lugar y sus instalaciones Es decir: todo lo bien que me permita el Departamento de Guerra.

—Ya sé. Entendí que había sido autorizada para hacer cualquier cosa excepto entrar en la sala del torpedo. Si sabe usted bucear, no le resultará difícil encontrar la salida del torpedo.

Brigitte estaba mirando las manos de Manning. El anillo no estaba en ellas. Tampoco aparecía sobre aquel buró.

—El caso es, capitán Manning, que yo había pensado pedirle que me acompañase. Pero comprendo que…

El cambio de miradas entre el teniente Spencer Douglas y el capitán Aldo Manning fue brevísimo, pero vivaz, como alegre.

—¿Teme molestarme? —Volvió a sonreír atractivamente Manning.

—Pues sí…

—De ninguna manera. La verdad es que me estaba preparando para ir a la playa. Hoy no he podido ir con mis hombres, y deberé hacerlo solo. No paso por alto ni un solo día mi entrenamiento.

—¿De verdad no le molesto?

—Me disponía a bucear durante una hora, por lo menos. Estaré encantado de hacerlo en su compañía. Y si así lo desea, le mostraré la salida del torpedo. Desde luego, no podrá tomar notas ni fotografías de su emplazamiento.

—No no… Sólo quisiera verla, para describirla, si me dejan en Washington.

—Entiendo. ¿Sabe bucear con equipo?

—Me considero casi una experta —sonrió encantadoramente la espía.

—Magnífico. Spencer, ve a buscarle un equipo adecuado a la señorita Montfort. Mientras tanto ella me ayudará a colocarme el mío… Veremos sí es cierto que es una experta.

—Vuelvo enseguida —sonrió Douglas.

* * *

—Bien… Ya estamos los dos preparados. Verdaderamente, señorita Montfort, parece que usted entiende de estas cosas.

—Pero no tanto como el número uno de los *frogmen* de la Marina, capitán Manning.

—Hace veinticinco años que me estoy entrenando —dijo Manning—. Por tanto, es lógico que sepa más que usted, que ni siquiera debe de tener esa edad.

—La rebasé ya —sonrió Brigitte.

—Imposible —exclamó Douglas—… ¡Usted no tiene ni siquiera veinte años!

—Es usted muy galante, teniente —rió la espía—. Pero le aseguro que me estoy acercando velozmente a los treinta.

—Nos toma el pelo.

—¡Es verdad! —volvió a reír la espía—. Lo cierto es que este verano cumpliré los dieciocho. Spencer Douglas se echó a reír, y Manning consiguió una aceptable sonrisa.

—Cuando quiera, señorita Montfort.

Brigitte se dirigió a la puerta del *bungalow*, con la sensación de que había un nuevo cambio de miradas extrañas entre los dos oficiales de la Marina.

Douglas los acompañó hasta la playa, y estuvo allí hasta que los dos entraron en el agua y se hubieron puesto las aletas de goma, para evitar la arena. Luego, se despidió con un gesto de la mano, y se alejó hacia el *bungalow*-club, según le pareció a Brigitte. Antes de colocarse la boquilla del aire, Manning le dio las últimas instrucciones, que Brigitte no necesitaba para nada:

—No se aleje de mí. Pero si se desorienta y me pierde de vista, quédese quieta en un sitio o retroceda hacia la playa. No intente buscarme, pues es el modo más seguro de no encontrarnos… Supongo que le será útil la brújula de pulsera.

—Ni siquiera creo necesitarla, capitán Manning. No pienso alejarme de usted.

—Muy bien. ¿Dispuesta?

—Cuando quiera.

Se colocaron las boquillas y se sumergieron. Cinco segundos más tarde, Baby Montfort comprendía que, sin discusiones de ninguna clase, Aldo Manning iba a mandar bajo el agua, por derecho propio. Al parecer, la Marina había elegido muy cuidadosamente y con gran acierto su *frogman* número uno.

Pero Manning acomodó pronto su veloz desplazamiento submarino a la velocidad que podía desarrollar la espía, y así fueron nadando uno junto a otro, durante algunos minutos, pues Manning, antes de llevarla a la salida del torpedo, recorrió el fondo por las cercanías, como investigando el terreno.

Arena, rocas y algas. Algunos peces de buen tamaño, que huyeron rápidamente de la proximidad humana; y otros pececillos, diminutos, que parecían permanecer suspendidos en el agua, inmóviles. De pronto se movían a la vez, en grandes bandadas, alejándose bruscamente, como si fuesen uno solo.

El fondo era dorado y verde, con una bonita luminosidad debido a los rayos del sol de media tarde, que se filtraban con tornasolados

reflejos en el agua.

Manning la llevó por fin a la salida del torpedo. Brigitte se preguntó si la amabilidad, la condescendencia del oficial de la Marina era debida a las palabras del general Pearson respecto a que ella merecía la confianza de Washington…, o a los propios deseos de Manning de llegarse a la salida del torpedo. Estaba perfectamente disimulada. Tanto, que Brigitte tardó algunos segundos en comprender las señas de Manning, tocando la roca de la costa y describiendo luego un círculo con el brazo; un círculo cuyo diámetro debía de ser de poco más de dos pies. Parecía, simplemente, un trozo de roca.

Pero siguiendo el dedo del *frogman,* la espía pudo ver el bien disimulado reborde. Brigitte movió una mano, imitando una puerta que se abre, y Manning asintió con la cabeza; luego, repitió él mismo el gesto, con la izquierda, y movió velozmente la derecha por delante y hacia el mar abierto. Fácil de comprender: la compuerta se abría, y el torpedo salía ya lanzado desde el interior de la base Top Secret.

Luego, Manning le hizo señas de que le siguiera hacia dentro, y Brigitte asintió con la cabeza. Nadaron unas doscientas cincuenta o trescientas yardas. A esa distancia se veía ya la red. Es decir, Brigitte la vio porque Manning le hizo señas de que se detuviera, y casi la tocó con un dedo. Era transparente, muy fina y parecía sostenida por un hilo más grueso, de menor transparencia. Señalando este hilo, Manning volvió a acercar su mano a la red, simuló tocarla, y luego, señalando hacia la costa, movió rápidamente el dedo índice, imitando una vibración: alarma. Es decir, que si alguien tocaba la red, la alarma se producía en la base.

Manning la llevó con él recorriendo toda la red, siempre vigilando que ella no la tocase en un descuido, quizá convencido de que aquella mujer era torpe… o podía serlo.

La red abarcaba un arco de un cuarto de milla y estaba sujeta a la costa por las conexiones de la alarma. No llegaba hasta la superficie, sino que dejaba un espacio de unas dos yardas. Por supuesto, quien no conociese su emplazamiento exacto tenía que quedar prendido en ella si nadaba bajo el agua. Y si nadaba a menos de dos yardas de la superficie, sería visto en cuanto el vigilante del radar comunicase que algo o alguien se estaba

acercando a la distancia de la red. En el supuesto de que algún hombre-rana desconocido se atreviera a intentar llegar a la salida del torpedo, su presencia sería descubierta de todos modos. Y en menos de dos minutos, es decir, sin darle siquiera tiempo a encontrar la salida del torpedo, los doce *frogmen* de la U. S. Navy. estarían ya en el agua, buscándolo. De un modo u otro, acercarse a la salida del torpedo era un riesgo seguro a ser descubierto…, a menos que se llegase desde la costa. Y para eso, debía hacerse desde los terrenos ocupados por la base Top Secret. Sin contar con que de un momento a otro, el radar siempre mostraría la presencia de un cuerpo moviéndose en el agua en las proximidades del torpedo…

* * *

Aldo Manning se quitó las aletas y tendió una mano a Brigitte ya ambos en la orilla, con el agua hasta la cintura. La espía también se quitó las aletas, aceptando la mano del *frogman* para mantener el equilibrio.

Salieron los dos a la orilla, y Brigitte se dejó caer sentada en la arena, suspirando con fuerza. Manning pasó tras ella, y le desabrochó los atalajes de los tubos de aire, que luego dejó en la arena Se sentó junto a la espía, y ella le quitó también los tubos.

—¿Qué le ha parecido?

—Parece un sistema de protección y alarma, ¿no? —insinuó «inocentemente» Brigitte.

—Exacto. Por supuesto, en la Sala de Control saben perfectamente que nosotros hemos estado rondando la red y el torpedo.

—¿Saben que hemos sido precisamente nosotros?

—Desde luego. —Manning sonrió sorpresivamente—. Porque Spencer fue a decirlo. De otro modo, y teniendo en cuenta que todos mis hombres están en tierra, la alarma habría sido dada, y ellos estarían ya en el agua, buscando a los intrusos.

—Claro… El teniente Spencer Douglas debe de estar ahora en la Sala de Control, ¿no es así?

—Ignoro si dio el aviso y se fue, o se ha quedado allí para curiosear nuestros movimientos por medio del radar… Es usted una excelente nadadora, señorita Montfort.

—Así lo creía yo hasta hace media hora, capitán.

—¿Hasta hace media hora…?

—Quiero decir que después de verle a usted bajo el agua temo haber adquirido un complejo de inferioridad —rió Baby.

—Oh… Bueno, ya le dije que me estoy entrenando desde los diez años. Hay que tener eso en cuenta. Y, además, según el Servicio Médico de la Marina, tengo… una capacidad fuera de lo normal —sonrió como tímidamente—. Bueno, eso es lo que dicen, al menos. Entre unas cosas y otras, me nombraron *frogman* número uno de la Marina.

Brigitte se quedó mirando el mar unos segundos, silenciosa, antes de musitar:

—Tengo la impresión de que ese nombramiento no le satisface, capitán.

—Eso satisfaría a cualquiera.

—Claro… Claro, es natural. ¿No va a decirme cómo se maneja el torpedo?

—En general, puedo decírselo: es un torpedo tripulado. Por uno o dos hombres. Mejor, uno. Así, la máquina de regreso puede adquirir más velocidad.

—¿La máquina de regreso?

Aldo Manning se quedó mirándola, sonriente.

—No puedo decirle más, por el momento. Créame que lo siento.

—No se preocupe, yo comprendo eso… Sólo otra pregunta más, si es usted tan amable. El torpedo… ¿regresa completo? —Aldo Manning se quedó mirándola sonriente, sin contestar. Brigitte se echó a reír—. De acuerdo, no conteste esa pregunta. Pero, entonces, le haré otra.

—Adelante. Usted vaya preguntando…

—Y usted me contestará lo que quiera.

—Lo que pueda, señorita Montfort. ¿Cuál es la pregunta?

—Usted tripulará el torpedo. Y ahora pregunto: una vez haya sido utilizado éste, ¿cómo regresará usted? ¿En todo o en parte del torpedo, o nadando?

—Se ha previsto la contingencia de que el tripulante tenga que valerse luego por sus propios medios en el mar. De ahí, la elección del *frogman* número uno para este cometido. Tenía que ser un hombre con… Bueno, digamos con muchos recursos en el mar.

—Y con una extraordinaria rapidez y capacidad física… No le haré más preguntas de momento, capitán Manning. Ha sido usted muy amable. Y yo… quisiera hacerle todavía otra pregunta. De tipo personal.

El ceño de Aldo Manning se frunció.

—Espero poder contestarla —musitó. Brigitte se quedó mirándolo dulcemente.

—¿Es usted casado?

—No.

Aldo Manning había contestado quizás un poco vacilante, secamente también. Se puso en pie, recogiendo sus aletas y los tubos.

—¿Se marcha? —musitó la espía.

—Puedo acompañarla a su *bungalow*, si así lo desea.

—Creo que tomaré un poco el sol, antes de que se ponga. Dicen que a estas horas es beneficioso.

—Lo es. Hasta luego, señorita Montfort.

Capítulo III

Se había excusado con el general y el coronel. No podría cenar con ellos porque se sentía extraordinariamente cansada. Dijo que descansaría un par de horas, y que luego se reuniría con ellos para charlar sobre el torpedo y hacerles unas cuantas preguntas.

Por supuesto, Baby Montfort había mentido. No se sentía cansada en absoluto. Pero tenía algo que hacer, y estaba dispuesta a aprovechar la menor oportunidad.

Y por eso había estado vigilando con unos diminutos prismáticos el *bungalow* que compartían el teniente Spencer Douglas y el capitán Aldo Manning. Apenas oscurecido, los vio salir, juntos, y los estuvo mirando hasta comprender que, en efecto, se dirigían al comedor de los oficiales. Para cualquier observador, en aquella colonia de veraneo había dos comedores, pero eso no era extraño si se tenía en cuenta que, en total, había allí unos cincuenta hombres…

Después de ver a los dos oficiales de la U. S. Navy entrar en el comedor, Brigitte Montfort estuvo todavía un par de minutos mirando aquella puerta. Luego dejó los prismáticos en la maleta y cogió el bolsito de paja, que ya tenía preparado con el equipo que pensaba llevar en su visita clandestina.

Salió del *bungalow*, deslizándose por la oscuridad, y fue hacia el de Manning y Douglas. Era ya completamente de noche, y los dos comedores rebosaban luz, se oían voces, risas… Llegó al pequeño porche, sacó la ganzúa, maniobró en el cierre, y la puerta quedó abierta en menos de medio minuto. Entró, ajustó la puerta y se quedó inmóvil en la oscuridad. Oyó el tictac de un reloj despertador. Naturalmente, allí no se tocaba diana, y cada uno de los componentes del grupo Top Secret debía valerse de medios civiles para su vida en la base.

Encendió la pequeñísima linterna y se dirigió directamente hacia el fondo del *bungalow*. Lo demás no le importaba; estaba segura de

que todo estaría en orden. Aunque, realmente, ¿esperaba encontrar algo que no estuviera en orden en el *bungalow* del mejor hombre de la base, del que quizás iba a arriesgar su vida probando un arma nueva…?

Se detuvo delante del buró, y el delgado rayo de luz lo recorrió lentamente. Allí encima sólo había cosas normales y corrientes, las que ya había visto cuando fue a buscar a Manning.

Quiso abrir el cajón central, pero estaba cerrado. Probó con uno de los laterales, y tampoco pudo abrirlo. El buró tenía ese mecanismo de cierre que, una vez cerrado el cajón central, los demás permanecen bloqueados…

No importaba. Iba preparada para todas aquellas pequeñísimas dificultades. Una espía capaz de abrir cientos de modelos de cajas fuertes no puede encontrar obstáculos en un simple cajón de un viejo buró de madera.

Y así fue. Con la delgada ganzúa plana, abrió el cajón central. Luego, comprobó que los demás también podían abrirse. En el cajón central no había cosas de importancia: tabaco, cuartillas en blanco, un par de bolígrafos, cerillas… Tampoco había nada en los demás cajones que pudiera llamarle la atención.

Pero sí le llamó la atención el hecho de que a pesar de haber quitado el bloqueo de todos los cajones, el último de la derecha no se pudiera abrir. Eso quería decir que el mecanismo de bloqueo había sido estropeado… O estaba estropeado, simplemente. ¿Estaba vacío aquel cajón, o contenía algo que debía permanecer oculto? Una espía es siempre una espía. Y para ser espía la primera asignatura es desconfiar de todo. Brigitte quitó el cajón de encima del que no se abría. Metió la mano por el hueco, alzó el mecanismo de bloqueo, que, efectivamente, estaba roto, y abrió el cajón. Lo primero que vio fue una fotografía. Y debajo otra. Dos en total, de tamaño postal. La luz de la linterna dio en la primera.

Sorprendente.

Había una mujer muy hermosa, rubia, de grandes ojos risueños y dulces, con una niña de cuatro o cinco años en brazos, riendo las dos, como si todo fuese una broma. La niña tenía muchas pecas, y sus ojos parecían una reproducción de los de Aldo Manning. Le faltaba un diente central, y su gesto no podía ser más simpáticamente infantil. Había una dedicatoria, con letra menuda,

pero clara, elegante: «Para Aldo Manning, con nuestro cariño. Eve y Eveline».

Pasó la primera fotografía.

La segunda mostraba solamente el rostro de la niña pecosa, quizás un par de años más crecida. Ya no le faltaba el diente Llevaba unas graciosas trencitas y uniforme de colegiala. Al fondo, se veía el edificio del colegio.

La dedicatoria decía: «Para mi papá, que lo quiero mucho, mucho, mucho… Eveline». Fruncido el ceño por la sorpresa, iba Brigitte a dejar las dos fotografías cuando vio el anillo.

Y la máquina. Y la botella con ácido. Y el diminuto microfilme, colgado de un hilo que iba de un lado a otro del cajón, en el fondo. Se estaba secando.

Cogió el anillo, lo examinó y, por fin, se lo colocó en un dedo. Luego, cruzó las manos… Se quitó de nuevo el anillo, miró la parte interna y vio el pequeñísimo resorte. Acercó el anillo a un oído y oprimió aquel resorte…

Clic.

Un clic suavísimo, casi imperceptible incluso teniendo el anillo pegado a la oreja. Volvió a examinarlo atentamente. Por fin, con la pequeña ganzúa plana apretó en un lado de la piedra, en el intersticio entre ésta y el oro. La piedra casi le cayó al suelo. La retuvo en una mano… y se quedó mirando, sin demasiada sorpresa, la pequeña microcámara montada dentro del anillo, del tamaño apenas de un garbanzo. La piedra tenía una perforación a la cual tenía que acoplarse el objetivo alargado de la microcámara.

Lo montó todo de nuevo, cogió el microfilme tras asegurarse de que ya estaba seco, y tras un breve examen a la otra máquina que había en el cajón colocó el microfilme en la apenas visible ranura. Luego, apretó el botón rojo, y después el azul. Un chorro de luz brotó de la máquina. Brigitte lo dirigió hacia la superficie de la mesa. Y aunque la pantalla era en verdad defectuosa, pudo ver las fotografías. Unas eran de los mecanismos de apertura de la sala del torpedo, tomadas aquella misma tarde, pues se veía al marine de turno entonces. Las otras eran mucho más interesantes. Se veía la sala del torpedo, desde tres ángulos distintos. No era muy grande. Luego, se veía el torpedo, fotografiado en tres secciones. La nueva arma estaba sobre su plataforma de lanzamiento, que no era un

tubo cerrado y con mecanismo de expulsión, sino una plataforma pura y simple. En cuanto al torpedo, excepto por el tamaño, de unos doce pies según parecía, podía parecer cualquier torpedo normal y corriente. Luego, se veía la puerta de acero, redonda, a la cual apuntaba el torpedo. Era una solidísima compuerta que se abría con mandos de combinación. Se podía suponer que al otro lado estaba el hueco por donde salía el torpedo al mar.

En total, entre las de los mecanismos de entrada a la sala del torpedo, el interior de ésta y el propio torpedo, había diecinueve microfotos.

* * *

Hacia las nueve, Aldo Manning y Spencer Douglas regresaron al *bungalow*, siempre juntos.

Y de nuevo en su ventana, Brigitte Montfort los vio, con los pequeños prismáticos. Apenas entraron en el *bungalow*, la espía movió el dial de un pequeño aparato que tenía junto a ella. Y en el acto quedaron conectados este aparato y el micrófono que había colocado en el alojamiento de los dos oficiales.

* * *

—Cierra la puerta —dijo Manning.

Spencer Douglas obedeció. Fue a una de las extensibles y se dejó caer en ella, con el ceño fruncido, mirando a Manning, que permanecía inmóvil en el centro del *bungalow*, no menos sombrío que su compañero.

—¿No vamos a mirar esas fotografías? —musitó al fin Douglas.

—No servirán de nada.

—¿Cómo puedes saberlo, si no las miramos?

—Está bien.

Manning fue al buró, lo abrió, quitó la traba que sujetaba el cajón inferior y sacó la tira de microfilme y el pequeño proyector luminoso. Douglas estaba colocando una sábana en la pared, siempre sombrío, con el cigarrillo colgando de los labios.

—Esto es una locura —musitó Manning.

—¿Y lo dices tú, Aldo? Eres el más indicado para querer llevarla a cabo a toda costa. Bueno… Esto ya está. ¿Esperamos a Ernie y Ray?

—Será lo mejor. Quiero que todos lo veamos bien, Spencer. Y… tienes razón. Tengo que robar ese torpedo, sea como sea. ¡Tengo que sacarlo de ahí por mis propios medios!

—Cálmate. Todavía no hemos recibido las instrucciones finales. Ellos nos dirán cuándo debemos sacarlo, y adónde lo tenemos que llevar. Y si lo conseguimos, van a tener una bonita arma… por un precio muy módico.

Aldo Manning se sentó y encendió un cigarrillo, con gestos visiblemente nerviosos. Durante un par de minutos estuvieron silenciosos los dos, hasta que oyeron el ruido afuera, en el porche. Alzaron vivamente la cabeza, a la vez. Luego se miraron.

—Ve a ver si son ellos.

Douglas fue a la puerta. Llegó ante ella justo cuando sonaban unos golpes determinados en la madera. La abrió, echó un vistazo a los visitantes y se apartó, en silencio.

El cabo Ray Smith y el marine raso Ernie Parker entraron en el *bungalow*, un poco cohibidos, según parecía. Los dos miraron rápidamente a Manning. Smith musitó:

—Buenas noches, señor.

—Hola, Ray. Cerrad la puerta… ¿Qué tal, Ernie?

—Preocupado, señor.

—Bien… Ya os dije que si teníais miedo… Quiero decir que si no queréis participar en…

—Nosotros estamos con usted, señor, ya lo sabe.

—Sí. Lo sé. Pero no puedo obligaros. Ésta no es una orden militar, quiero que lo entendáis.

—Sabemos muy bien lo que estamos haciendo, mi capitán. Tenemos que robar ese torpedo y entregarlo a unos desconocidos que… que lo quieren. Cuente conmigo, señor.

Aldo Manning miró al marine raso.

—¿Ernie?

—Yo estoy con usted, mi capitán. Siempre.

—Bien. Vamos a examinar ahora las fotos que he conseguido. No creo que nos sirvan de nada… Sentaos en el suelo.

Los dos marines se sentaron y Manning comenzó a proyectar el

microfilme sobre la sábana dispuesta por el teniente Douglas.

—Aquí tenemos los mecanismos. Pura rutina fotográfica, porque yo podría abrirlos. Conozco su mecanismo, naturalmente, ya que voy a ser el «hombre-torpedo». Pero conviene examinar atentamente esos mecanismos por si hay en ellos alguna señal de alarma. Yo creo que así debe ser, pero no veo nada… ¿Veis algo vosotros?

Todos movieron negativamente la cabeza. Y Douglas expresó verbalmente la negativa.

—No… Nada, Aldo.

Yo tampoco. Por tanto, ahí tenemos el primer riesgo. Ahora, veamos las fotos del interior de la sala del torpedo… Aquí están… Las he tomado desde distintos ángulos. Vedlas bien: todo chapa de acero, lisa como el cielo. No se ven conexiones, ni abultamientos, ni mandos de ninguna clase. Pero la alarma está en algún sitio, una alarma que sólo debe ser conocida por los empleados del control.

—¿Tú no has oído ningún comentario al respecto? —preguntó el teniente Spencer.

—No Ya sabes cómo ha sido llevado a cabo este proyecto, Spencer: la mano derecha no sabe lo que está haciendo la izquierda. Y no por… desconfianza, supongo, sino de acuerdo a los nuevos sistemas de producción bélica.

—Me pregunto —gruñó el marine Ernie Parker— si ese torpedo puede tener tanta importancia.

—¿Tanta importancia? ¿A qué te refieres, Ernie?

—No sé, señor… Bueno, quiero decir si va a ser más potente que una bomba atómica.

—¡Desde luego que no!

—Entonces, ¿para qué tanto gasto y tanto misterio? Tenemos ya muy buenos torpedos en la Navy, señor.

—Éste es especial.

—¿En qué sentido? —preguntó Douglas.

—Es silencioso.

—¿Cómo…?

—Silencioso. Su cabeza se desprende y sigue adelante mientras el cuerpo del torpedo, maniobrado por el tripulante, gira, convertido en una lancha, y regresa al punto de partida. En el supuesto de que esto no pudiera ocurrir, la lancha en que queda

convertido el cuerpo del torpedo tiene autonomía para navegar cien millas, a más de cuarenta por hora. Ése es el misterio. En cuanto a la carga silenciosa, es simple. Consta de un nuevo metal durísimo, que lanzado a una tremenda velocidad, girando, perfora la chapa de cualquier barco. La velocidad y la dureza es tal, que perfora como… como un clavo taladraría un paquete de mantequilla. Sin vibraciones, sin golpe perceptible, sin explosión de ninguna clase. Pero forma un boquete de más de dos pies de diámetro, por el que entra en el barco una vía de agua que no puede ser contenida. Las consecuencias de esto son que el barco se hunde silenciosamente, sin que parezca que haya habido ataque de ningún género…, una simple avería que ni siquiera se tiene tiempo de localizar, y eso es todo. El barco se va a pique, y nadie se ha enterado de nada.

—Demonios —masculló Ray Smith.

—Caray, señor, ¿y tenemos que robarle eso a la Navy?

—Así es, Ernie.

—Un momento, un momento —alzó las manos Ray Smith—. Vamos a dar por sentado y cierto que el torpedo es silencioso, que hace esa vía de agua sin ruido, sin vibraciones…

—Igual que un clavo en un paquete de mantequilla —apuntó Ernie.

—De acuerdo: igual que un clavo en un paquete de mantequilla. Pero supongamos que el torpedo va a dar en los motores, en los depósitos de combustible o en la sala de máquinas… La explosión se producirá de todos modos, señor.

—Se produciría si el torpedo no diese precisamente donde ha de dar, Ray. Si taladra en una parte neutra, no se produce explosión alguna, no hay ruidos… No pasa nada. Pero el barco que sea, se hunde.

—Sí, señor. Pero eso es muy problemático.

—¿Por qué?

—Porque es muy difícil acertar a un barco en movimiento precisamente en la parte neutra. El barco se mueve, el torpedo se mueve, la velocidad puede decrecer o aumentar por cualquier movimiento de las aguas, lo mismo en el torpedo que en el barco… Una desviación de media docena de yardas, lo cual es más que probable, y se produce la explosión.

—A menos que el torpedo dé precisamente donde ha de dar. Y

eso puede conseguirse si se dispara desde… ciento cincuenta o doscientas yardas. Quizá cien.

—Sí, pero para disparar desde esa distancia… ¡Demonios!

—Exactamente. Tal perfección de tiro no se puede conseguir disparando el torpedo desde otra embarcación, también en movimiento, y contando con que la distancia mínima sea de media milla. Pero esa perfección de tiro puede conseguirla un tripulante del torpedo, que se acerca a cien yardas del barco que ha de ser hundido. Desde cien yardas, el disparo no puede fallar; la cabeza del torpedo sale hacia la parte neutra, provoca la vía de agua… Mientras tanto, el resto del torpedo se aleja a toda velocidad. Blanco perfecto. Y en silencio. Cuando quieran darse cuenta, todo está perdido… Y el tripulante del torpedo puede encontrarse ya a varias millas de distancia.

—¿Y si esa parte del torpedo no funciona, señor?

—Entonces, eligen al *frogman* número uno de la Marina, para que… se las arregle como pueda.

Quedaron todos silenciosos.

Por fin, Ray Smith musitó:

—Lo que nos ha contado, señor…, es el secreto del torpedo.

—En efecto Ray.

—Bueno… Creo que usted tiene demasiada confianza en nosotros. Se lo agradecemos mucho.

—Estamos todos metidos en esto, Ray. Además, puesto que el torpedo lo tendrá pronto otra potencia, ¿por qué no había de deciros a vosotros en qué consiste esa nueva arma?

—Bien… Continúa con eso, Aldo —suspiró Douglas. Manning señaló de nuevo la cabeza.

—Quedamos en que debe existir un sistema de alarma en la sala del torpedo. Pero no he podido descubrirla. Tampoco he visto ningún mecanismo o dispositivo que dé la alarma en caso de ser movido el torpedo, pero también puede existir. En resumen: estoy como al principio… Ved el torpedo ahora: doce pies de largo y algo más de dos de diámetro. La cabeza, si observáis, tiene una coloración distinta. Luego está el cuerpo, en el centro. La cola contiene el motor eléctrico de impulso del arma completa. Cuando ha sido disparado el torpedo la cola se desprende… Es decir, cuando ha sido disparada la cabeza… Digo, pues, que cuando ha

sido disparada la cabeza, la cola se desprende, dejando libre el pequeño motor supletorio, también eléctrico, a transistores que duran unas dos horas y media o tres. Es decir, autonomía de cien millas. Distancia, que se considera mucho más que suficiente. Y con este segundo motor, el cuerpo del torpedo es manejado como una veloz lancha para escapar. Ésta es la nueva arma de la U. S. Navy.

De nuevo otro silencio.

Hasta que Manning, tras apagar el proyector y guardarlo, encogió los hombros.

—Actualmente, y para nosotros, creo que no hay cosa más difícil que robar ese torpedo. Teníais razón, no hay posibilidad de abrir la compuerta de salida al mar del torpedo. Se podría intentar con una carga plástica muy potente, desde luego. Pero eso sería una… marrullería que nos pondría inmediatamente en aprietos. La salida del torpedo sólo puede abrirse desde dentro, desde la sala de control.

—Pero nosotros jamás podríamos conseguir eso, Aldo —musitó Spencer Douglas.

—Ya lo sé… Ya lo sé, Spencer. Por eso, tenemos que centrar toda nuestra atención en la salida del torpedo, en esa compuerta exterior que da al mar. Como sea, hemos de entrar por ahí.

—Supongamos que conseguimos abrirla: ¿qué ocurriría? ¿No se llenaría todo de agua?

—Solamente el tubo que va desde la sala del torpedo hasta la compuerta interior de ese tubo, es decir, hasta la compuerta que se ve desde la sala del torpedo, frente a su cabeza perforadora.

—Bien. Supongamos ahora que entramos en ese tubo, lo cual no es nada para nosotros, con los equipos. ¿Qué pasa si abrimos la otra compuerta, la que da a la sala del torpedo? Entonces sí que se inundaría todo. Toda la sala del torpedo quedaría inundada en pocos segundos.

—Efectivamente.

—Pero entonces… ¡Entonces sería cuando nosotros podríamos trabajar bien, mi capitán! —exclamó Ernie.

—Claro. Una vez todo lleno de agua, nosotros nos moveríamos con toda comodidad allí dentro. Y veríamos todo perfectamente, con las linternas de profundidad. Sólo tendría que abordar el torpedo, dejaros salir a vosotros y luego salir yo, tripulándolo.

—Es sencillo —dijo Ray Smith.

Spencer Douglas lo miró un tanto irónicamente.

—Sencillísimo, Ray… Sólo que primero hemos de entrar en la sala del torpedo.

Ray Smith quedó en verdad como quien recibe un jarro de agua fría. Y de nuevo quedaron todos silenciosos, hasta que Douglas musitó:

—Estuviste antes en la compuerta, Aldo, con esa chica… ¿No viste ninguna posibilidad?

—La he mirado ya varias veces… No, Spencer. Ninguna. Ninguna que nos convenga, se comprende. Una explosión ahí sería echarlo todo a perder. Y ni soñar en utilizar sopletes, o palanquetas, o cualquier otra cosa… Estaríamos una semana.

—¿O agujereando la roca? —exclamó Ernie.

—Tampoco. El tubo llega hasta la misma boca, naturalmente. O sea, hasta la compuerta que cierra en el borde del tubo. Si agujereásemos la roca, tendríamos que agujerear luego el tubo. No hay tiempo para eso, tampoco.

—Pero ¡algún medio debe de haber para robar ese torpedo!

—Nosotros sabemos mejor que nadie que todas las medidas de seguridad han sido tomadas. Eso, en cuanto a las dificultades… mecánicas para entrar en el tubo. Tengamos ahora en cuenta el radar, el sonar, la red de alarma, el circuito de televisión… Cuando yo saliese a la superficie para evitar la red, la pantalla de televisión recogería mi imagen…

—Pero si lo hacemos de noche…

—La cámara está dotada de luz negra. Me verían como si fuese de día. Pero eso no me importaría una vez tuviese el torpedo. Podría escapar.

—Sólo hay que llegar hasta el torpedo —mascculló Spencer.

—Sí… Sólo eso. Y con el poco tiempo que tenemos y todas esas medidas de seguridad, el único camino es entrando por el *bungalow* número uno. Lo cual es del todo imposible. Mucho más imposible que por la salida del torpedo.

—¿Por qué es más imposible? —inquirió Ernie.

—Hay un centinela como mínimo siempre junto a la trampilla, con una metralleta.

—Usted podría engañarlo, señor —musitó Smith.

—A ése, sí. Pero ¿y los demás?

—Lo podría intentar…

—¿Cómo? Hay siempre nueve hombres por lo menos ahí dentro, en la sala de control. Tres de ellos son de nuestros marines especiales de patrullaje. Son hombres correosos, Spencer, lo sabes muy bien… Para anular la alarma, abrir la sala del torpedo sin estar presente el coronel y entrar allí, tendría que librarme de nueve hombres, tres de los cuales están armados de metralletas. Ni siquiera podría matarlos, aunque quisiera hacerlo. Ése es un camino cerrado por completo. El del tubo, si bien es dificilísimo, casi imposible, quizá presente alguna oportunidad que todavía no hemos podido ver. Tendrá que intentarse por el tubo, muchachos. Y hay que conseguirlo. Mañana por la mañana, en la salida diaria al mar, volveremos a examinar la compuerta. Iremos por parejas, y nos fijaremos bien en todo. Primero, irán Spencer y Ray, como esta mañana. Luego, Ernie y yo, siempre simulando que efectuamos el recorrido costero de seguridad.

—Hay otra dificultad, señor.

—¿Cuál, Ray?

—Los equipos. Siempre quedan todos al cuidado de Jonathan, que los repasa diariamente, los guarda, los deja preparados para el día siguiente… ¿Cómo vamos a conseguir cuatro equipos para mañana por la noche?

—Eso está solucionado. Nos facilitarán equipos, sopletes, palancas… De todo. Igual que me facilitaron el anillo con la cámara esa y el aparato proyector… No será material lo que nos falte. Por la cuenta que les tiene, tendremos todo lo que pidamos. Creo que esto es todo por hoy… Gracias a todos.

Los dos marines se pusieron en pie y se dirigieron hacia la puerta. Ya allí, Ray Smith se volvió y musitó:

—No se preocupe, señor. Todo saldrá bien.

—Así lo espero, Ray. Tengo que complacer a esa gente…

—Claro… Lo entiendo, señor. Hasta mañana.

—Adiós.

Quedaron solos Douglas y Manning. El primero musitó:

—¿Y ahora?

—Tengo que ir a una entrevista. Si alguien preguntase por mí, di simplemente que he salido a dar un paseo. Hasta luego.

Capítulo IV

Brigitte respingó al oír que Aldo Manning se despedía de su compañero de armas. Dejó de mirar la marcha de Ernie y Ray hacia el *bungalow*-club, y enfocó los prismáticos de nuevo hacia el porche. Vio salir enseguida a Aldo Manning y dirigirse hacia el Norte, paseando tranquilamente, muy despacio.

Recogió el receptor del micrófono y los prismáticos y corrió hacia la maleta. Escondió estos aparatos en el doble fondo y escogió otros dos: la radio y la pistolita de cachas de madreperla, con silenciador incorporado.

Luego, sin perder un segundo, salió del *bungalow*, buscando de nuevo las sombras y caminando hacia el Norte, siguiendo los pasos de Aldo Manning. Lo localizó apenas medio minuto después, moviéndose sigilosamente en la oscuridad. Luego lo fue siguiendo, hasta un extremo del campamento o colonia de «veraneantes». Allí, Aldo Manning se detuvo y miró disimuladamente a todos lados. Por fin, convencido de que nadie le veía, saltó la simple valla de troncos y se alejó tierra adentro.

Diez segundos después, Brigitte Baby Montfort hacía lo mismo, algo más arriba que el oficial de la U. S. Navy. Su fino oído percibía el caminar de Manning por entre la vegetación. Y de cuando en cuando veía su inconfundible silueta por entre las palmeras, alejándose más y más del campamento, siempre tierra adentro.

Finalmente, llegaron a un camino de tierra y arena. Manning se había vuelto varias veces, pero era lo mismo que intentar ver una pantera negra en la noche… Una pantera negra entrenada continuamente en aquella clase de alternativas.

Aldo Manning se detuvo entre unas palmeras y estuvo un par de minutos inmóvil. De pronto, algo brilló en su mano. Un delgado rayo de luz apareció y desapareció varias veces en ella. Dejó pasar dos minutos más y volvió a repetir la señal… Como a cien yardas,

los faros de un coche brillaron un instante, Y poco después un hombre aparecía en el camino, directo hacia donde estaba Aldo Manning.

Desde lejos, Brigitte los estuvo mirando conversar, mientras ella se deslizaba hacia el coche. Cuando lo localizó, no se acercó inmediatamente, sino que se detuvo para estudiarlo, a prudente distancia. Lo cual estuvo muy bien hecho, en efecto, porque a los pocos segundos una puntita luminosa brilló en el interior del automóvil.

Había otro hombre.

La espía se acercó un poco más, pero pronto comprendió que no conseguiría ver la matrícula si no rodeaba el coche, pues la luz de la luna daba en aquella parte. Además, quizás incluso consiguiese ver al hombre…

Lo vio apenas. Desde luego, lo suficiente para identificarlo si volvía a verlo. Tenía la cabeza grande y cuadrada, y una cabellera muy ondulada y corta. Eso era todo lo que pudo ver al débil resplandor de la brasa del cigarrillo.

En cambio, la matrícula pudo verla con toda claridad cuando se acercó a menos de ocho yardas. Aún se estiró un poco más, tendida en el suelo, para estar segura de que no se equivocaba. Luego retrocedió lenta y cuidadosamente hacia la más densa oscuridad de la vegetación, que impedía la llegada de la luz lunar al suelo lleno de arbustos.

Cuando regresó a su observatorio inicial, Manning y el otro hombre estaban todavía hablando. Lamentó no haber llevado su lanzamicros y el receptor, pero ya nada podía hacer. Una cosa era segura: la conversación de los dos hombres debía de ser interesantísima. Todavía estuvieron casi diez minutos más. Brigitte se desplazó hacia varios lados, buscando el modo de acercarse más, pero el riesgo de ser vista era evidente. Si se acercaba a la distancia necesaria para oír la conversación, la verían. O, por lo menos, la oirían, quizás. Y era un riesgo que no estaba dispuesta a correr. No por miedo, sino porque quería seguir aquel asunto a su manera. A la manera de un espía, no de un estúpido precipitado.

Por fin, los dos hombres se separaron. El desconocido regresó hacia el coche, y Aldo Manning quedó allí, en pie, inmóvil.

Poco después se oía el zumbido del motor, alejándose…

Aldo Manning permaneció aún no menos de tres minutos en la misma postura y en el mismo sitio. Luego, regresó al camino y emprendió la vuelta hacia el campamento.

Brigitte se aseguró de que, en efecto, se marchaban. Asimismo, fue hacia el lugar donde había estado el coche, cerciorándose de que no había truco y que se había marchado también.

Entonces, se sentó en una roca y accionó la radio de bolsillo.

—¿Qué tal, Baby? ¿Todo bien?

—Hola, Simón. Todo mal.

—¿Cómo?

—Todo mal.

—Es una broma, ¿no?

—No es ninguna broma. ¿Dónde está usted?

—Pues en la relativamente cercana ciudad de ese lugar idílico adonde la han destinado. En un bonito cuarto de un precioso hotel… ¿De veras va todo mal?

—Apréndase esto, Simón, igual que yo he tenido que aprenderlo y admitirlo: la CIA no duerme nunca.

—Bueno, eso ya lo sé… Pero no comprendo.

—Lo comprenderá pronto. Nosotros fuimos enviados aquí, para… contraespiar una posible filtración extranjera, ¿no es cierto?

—Claro.

—Y nos enviaron en dos fases, una fase, yo, aquí, en Top Secret. La otra fase, usted, ahí, en la ciudad, atento a mis posibles llamadas. Pues bien: vamos a trabajar. ¿Tiene preparado el coche?

—Desde luego.

—Entonces, tendrá que abandonar ese bonito cuarto de ese precioso hotel. Suba al coche y tome cualquier camino hacia Top Secret. Digamos… el camino que usted elegiría si quisiera viajar desde la ciudad a la base, y desde la base a la ciudad, sin ser demasiado visto. ¿Tiene el mapa que nos asignaron?

—Sí, sí…

—Pues haga lo que le he dicho. Espero que llegue a tiempo para encontrarse en el camino un coche Ford Mustang, de color crema, matrícula de Tallahassee H22 379. En ese coche viajan dos hombres… Quiero saber quiénes son y dónde podré encontrarlos cuando lo considere oportuno.

—De acuerdo. Salgo enseguida. ¿La llamo cuando…?

—No. Yo le llamaré a usted cuando me convenga. Ah, Simón: supongamos que no consigue encontrar ese coche en el camino que usted elige. ¿Qué haría entonces?

—Usted parece estar de muy buen humor, Baby. Lo buscaría donde fuese.

—Okay, Simón. Hasta la próxima.

—Eso.

Brigitte cerró la radio y emprendió el regreso al campamento.

* * *

El general Pearson la miró, sonriendo amablemente.

—Ah, señorita Montfort… Estaba pensando que no quería usted tratos con nosotros.

Brigitte alzó las cejas, sorprendida.

—¿Por qué motivo, señor?

—Bueno… Como nos resistimos a informarla tan… completamente como usted quería…

—Oh, no… Yo comprendo muy bien eso, mi general.

—La estuvimos esperando para cenar, pero al final decidimos hacerlo sin usted.

—No me sentía muy bien… Estuve descansando en el *bungalow* y finalmente fui a dar un paseo… Ahora me siento mucho mejor. ¿Me he perdido algo bueno?

—Si se refiere a la cena, nada del otro mundo —rió el coronel Roberts—. Por lo demás, pues… todo sigue igual.

—¿Podemos ofrecerle algo para beber? —ofreció Pearson.

—Champaña —sonrió Brigitte.

—¿Champaña? —Los dos hombres se miraron, sonriendo también—. Es una buena idea, pero temo que no tenemos de eso aquí.

Brigitte se sentó, y los dos hombres no pudieron evitar la brevísima pero correctísima mirada a sus piernas.

Enseguida desviaron la mirada, un poco afectados.

—¿No les gusta? —susurró la espía.

—¿El qué? —exclamó Roberts.

—El champaña.

—¿El…? ¡Ah, el champaña! Oh, sí, sí… Claro que nos gusta,

pero…

—¿No les parece que éste sea un lugar indicado para beberlo?

—No, desde luego.

Brigitte estiró un poquito la falda; inútilmente, porque sus piernas no podían acortarse, ni la falda alargarse.

—Pues hacen mal, mi coronel. En una colonia de veraneantes normales y corrientes no tiene por qué faltar el champaña. A menos, claro está, que usted quiera producir… otra impresión, o sea, que aquí no hay veraneantes normales y corrientes.

De nuevo se miraron Roberts y Pearson; este último frunció el ceño y se quedó mirando al coronel.

—Parece —susurró— que la señorita Montfort tiene unas ideas… muy claras, coronel.

—Mañana traeremos champaña a la base, mi general.

—Resérveme una botella —pidió Brigitte—. Aunque, si no les parece mal, yo misma puedo ir a buscarlo a la ciudad. Tengo unos gustos muy definidos.

Dirigió una mirada al mayor Sils, que estaba ante una mesa, con una radio a transistores delante al parecer esperando algo. Los tres hombres estaban solos en el *bungalow* del coronel Roberts. Éste se quedó mirando a Brigitte y al fin dijo, amablemente:

—Sería conveniente que usted tuviera plena conciencia de su… estancia aquí, señorita Montfort.

—¿A qué se refiere?

—Me parece conveniente sugerirle que no salga del campamento. Una indiscreción por su parte, podría darnos motivos de lamentación.

—¿Supone usted que soy una estúpida que se dedica a charlar sin ton ni son, mi coronel? Porque si es así está equivocado. Espero que comprenda que si en Washington han admitido mi presencia aquí es porque tienen una completa seguridad en mi discreción, en mi persona, en mi modo de trabajar… En todo. Imagino que una damita como yo, que se presenta en un campamento de veraneantes con su querido tío —señaló al general Pearson—, da un cierto tono de autenticidad a todo esto. Y si esa damita se dedica a visitar la ciudad y comprar unas botellas de champaña, la cosa no puede resultar más amable y natural.

—Pensaremos en ello.

—Oh, vamos, mi coronel, usted no estará pensando que voy a ir a la ciudad para comunicarme telefónicamente con mi jefe del Morning News y contarle una serie de detalles secretos, ¿no es cierto?

—No me atrevería a considerarla tan… alocada.

—Muchas gracias. Y como veo que no tienen champaña opino que debo retirarme. Me gustaría madrugar mañana y darme un estupendo y solitario baño en la playa… Eso es un lujo.

—¿Llevará su bikini?

—Coronel —exclamó la espía inocentemente—, ¿pretende usted que me bañe desnuda? Josuah Roberts enrojeció visiblemente.

—Lo decía porque ha alborotado usted a la colonia en peso, y no creo…

Se interrumpió cuando sonó la llamada a la radio que atendía el silencioso mayor Sils. Éste atendió la llamada y se volvió hacia el general Pearson.

—Comunicación, señor.

—¿Puedo quedarme o debo marcharme? —sonrió Brigitte.

—Quédese. Son detalles rutinarios de seguridad.

Así era. Durante un minuto escaso, el general Harry T. Pearson estuvo hablando con su comunicante en Washington. La consigna era fácil: sin novedad. Todo marchaba bien, la base estaba tranquila, y se estaba esperando el blanco para dentro de unas treinta horas aproximadamente. Mientras tanto se haría una última revisión del torpedo y sus mecanismos, siempre bien entendido que cada técnico vería y revisaría exclusivamente su parte en la nueva arma.

Cuando terminó la comunicación, el general se volvió.

—Bien. Parece que esto es todo por hoy. Me acostaría, pero es un poco temprano para mí… ¿Juega usted al ajedrez, coronel?

—Me defiendo aceptablemente.

—Quizá se atrevería a soportar mis ataques, entonces… ¿Le gustaría presenciar una partida, señorita Montfort?

—Prefiero aburrirme en mi litera. Buenas noches, señores. Se despidió, sonriendo, y salió del *bungalow*.

Apenas había dado unos pasos cuando se cruzó con uno de los veraneantes, que la saludó afablemente.

—Buenas noches, señorita Montfort.

—Oh, señor Williams… Casi me ha asustado usted.

—¿Le he parecido un fantasma?

—Más o menos —rió la espía—. ¿Se retira usted ya?

—A menos que pueda servirla en algo…

—Es usted tan amable… Bastante distinto al capitán Manning, desde luego.

—Ah… Bueno, tengo entendido que estuvo de excursión con él por el fondo del mar. ¿Pretendió ahogarla?

Se echaron a reír los dos. Chester Williams se puso al lado de Brigitte, caminando ambos hacia el *bungalow* de la espía.

—No, no… No pretendió ahogarme. Fue muy amable, pero muy… conciso. Se diría que esquiva el trato con las mujeres. Tuve la impresión de que no le agradaba del todo mi compañía. Quizá su esposa sea muy celosa… Oh, no… Ahora recuerdo que conseguí hacerle confesar que es soltero…

—¿Eso le dijo él? —se extrañó Williams.

—Sí… Bueno, no dijo exactamente eso, no… Yo pregunté si estaba casado, y me dijo que no. ¿Acaso me mintió?

—No del todo. Es viudo.

—Ah… Bien, es lamentable…

—Su esposa era muy bonita… Muy bonita, de veras. Falleció en un accidente.

—Vaya. Supongo que eso ha dejado un gran vacío en la vida del capitán Manning.

—Un gran vacío. Bueno; no completo, desde luego… Tiene una hija. Es una chiquilla maravillosa —Williams casi reía al hablar—. Le gustaría conocerla, señorita Montfort. En ocasiones, los que llevamos algún tiempo con Aldo la hemos visto… Él la trae a la base en que está destinado, y ella nos hace reír a todos. Es bastante pecosa, y para tener seis años su mente es de una vivacidad asombrosa… Los que la conocemos hemos hecho de ella una especie de… mascota. Conoce casi tan bien como su padre los nombres de sus amigos oficiales, de algunos de los marines… Los amigos de Aldo estamos convencidos de que si no fuese por la niña, él se habría… trastornado un poco cuando lo del accidente. Pero, por fortuna, Aldo tiene a Eveline, y eso da un gran sentido a su vida.

—¿Vive con familiares del capitán o de su esposa?

—Está interna en un colegio. Aldo la saca de paseo siempre que tiene permiso… A veces viaja doscientas millas de ida y otras tantas de vuelta, en un fin de semana, para ir a verla. Y quizás usted no lo quiera creer, pero algunos de los amigos de Aldo se van con él, y lo pasan estupendamente con Eveline…

—¿Usted mismo, por ejemplo?

—Bueno… He ido un par de veces solamente. Pero los que están locos con la niña son el teniente Douglas, el marine Ernie Parker… Y, especialmente, el cabo Smith. Darían el cuello por ella… Creo que hemos llegado.

—Ha sido muy gentil de su parte acompañarme, señor Williams. Espero que nos seguiremos viendo.

—Será un placer. Buenas noches, señorita Montfort.

—Buenas noches.

Capítulo V

Durante todo el día siguiente, hasta las cinco de la tarde, la espía internacional estuvo recorriendo todo el campamento, de punta a punta, sin dejarse ni un solo rincón, incluida la sala de control. Fue de un lado a otro, tranquilamente, sonriendo a todos, fumando de cuando en cuando… En verdad que era un motivo de alegría para los hombres allí destinados contemplar a aquella hermosa muchacha en bikini, ir de un lado a otro, gozando del sol y del mar.

Había ido con los *frogmen* en su buceo matinal, hasta las once de la mañana. Luego, había almorzado con el coronel Roberts, el mayor Sils y el general Pearson… No sin antes haber pasado por el *bungalow*-club para tomar una naranjada con los marines, que lo pasaron estupendamente, riendo en torno a la bellísima periodista de los ojos azules.

Poco después de las cinco de la tarde, cuando Aldo Manning se retiró a su *bungalow* tras algunos trabajos propios de su cometido en la base, ella se retiró al que tenía destinado. Estuvo mirando por la ventana hasta que Spencer Douglas apareció, también camino del *bungalow* que compartía con Manning.

Y apenas Douglas hubo entrado en el *bungalow*, Baby Montfort alzó las manos, mostrando en ellas una especie de fusil de tubo grueso, de aluminio, que evidentemente, era desmontable. Apuntó hacia un lado de una de las ventanas del *bungalow* y disparó.

Inmediatamente movió el dial del receptor y suspiró aliviada cuando oyó la voz de Manning, lo cual no había ocurrido aquella mañana, ya que, al parecer, el micrófono que colocara la noche anterior se había estropeado. Cosa poco probable, pero había que aceptar los hechos.

Manning estaba diciendo:

—¡Nada! ¿Y tú, Spencer?

* * *

—Lo siento, Aldo. Tampoco. Todo sigue igual que ayer. ¿Has revisado otra vez el *bungalow*?

—No… He llegado hace apenas tres minutos… ¿Crees que habrán puesto otro micrófono?

—No sé… Todo puede ser. Desde luego, no se fían mucho de ti, eso está claro.

—Deberían fiarse… —musitó roncamente Manning—. El precio que van a pagarme es muy alto… Sí, deberían saber que voy a proporcionarles el torpedo.

—Esa clase de gente no se fía de nadie. Por eso te pusieron el micrófono. ¿Estás seguro de que lo inutilizaste?

—Completamente. Ahora está aplastado entre dos rocas en el fondo del mar… No me gusta que me vigilen. Vamos a ver si ese cochino nos ha colocado otro aparato de esos, Spencer.

—Bien.

Durante tres o cuatro minutos, los dos se dedicaron a buscar algún micrófono. Pero, ciertamente, dentro de la cabaña no había ninguno más.

—No habrán tenido oportunidad de colocarlo.

—Seguramente. Ese maldito traidor caerá algún día en mis manos, y entonces…

—Cálmate, Aldo. Tienes que olvidar eso ahora. Lo importante en estos momentos es conseguir ese torpedo.

—¡No podremos lograrlo! —Casi gritó Manning—. Y no temo lo que me ocurra a mí si fracaso. Tengo idea de cómo las gastan esa gente, pero no temo nada personalmente. Ni siquiera sabiendo que tenemos cerca a un traidor que se dedica a colocarnos micrófonos, a vigilarnos, a pasar datos de mis movimientos, mis conversaciones con quienes van a ayudarme…

—Quieren estar seguros de tu decisión, eso es todo.

—¡Pero alguien de la base sabe todo esto! Él fue quien informó sobre mí, y quien nos debe de estar vigilando en todo momento…

—Si no te tranquilizas, todos vamos a pasarlo muy mal esta noche —musitó Douglas.

—Sí… Sí, es cierto, Spencer… Lo siento. Sé que tengo que concentrarme en el modo de conseguir el torpedo, pero me deprime

saber que nada puede hacerse. Todo en esta base es demasiado seguro, demasiado sólido, demasiado bien vigilado… Creo que no tengo derecho a pediros a vosotros que vengáis conmigo.

—Tú no pediste nada, ¿recuerdas? Nosotros tres nos ofrecimos voluntarios para ayudarte. Al fin y al cabo, todos vamos a disfrutar casi por partes iguales del precio de ese torpedo.

—Sí… Spencer, creo que estamos locos. ¡No lo conseguiremos jamás! Spencer Douglas encogió los hombros y miró su reloj.

—Son las cinco y cuarto… ¿A qué hora tienes que ir a revisar el material?

—No sé… Pronto. Tengo que estar seguro de que esta noche estará preparado completamente.

—Si quieres, puedo ir yo.

—No… No, no. Eso me corresponde a mí. Quiero examinarlo todo bien, y ver si está todo lo que pedí.

—Puedes apostar que estará todo. La parte… técnica te la han dado solucionada. Sólo tenemos que ir allá, equiparnos, y… Bueno, ir a por el torpedo. Sencillo.

—No… No dejaré que vengáis conmigo. No debo hacerlo, Spencer.

—¡Está bien, ¿qué es lo que quieres?! ¿Hacerlo tú solo? ¡Eso sí que es estar loco! Y te diré otra cosa: ni siquiera tú podrás ya impedir que Ernie, Ray y yo te ayudemos. Tenemos muy buena parte en este negocio, y queremos colaborar.

Aldo Manning quedó en el centro del *bungalow*, con las manos en la cintura, pensativo, sombrío.

—Creo que iré a ver si está el equipo en el lugar convenido. Volveré pronto.

—Está bien. Te espero… Y seguiré pensando en una solución.

—No hay ninguna solución. Hasta luego.

* * *

Brigitte cerró el receptor-grabador y se asomó cautelosamente por la ventana. Vio a Manning salir del *bungalow*, y, como la noche anterior, se dispuso a seguirlo. Era más arriesgado, por ser de día, pero si ella no hubiera estado dispuesta a aceptar riesgos, habría buscado empleo como dependiente en una perfumería. O se habría

limitado a ser periodista.

No obstante, y para aminorar los riesgos, sacó su pistola, la pegó al muslo izquierdo con una tira de esparadrapo color rosa y luego se puso una faldita y un jersey oscuro, muy escotado. Hecho esto, colocó la radio de bolsillo y el receptor-grabador en el bolsito de paja y salió alegremente del *bungalow*, como dispuesta a dar un paseo.

Dio la vuelta a su *bungalow* para alejarse en sentido contrario al seguido por Aldo Manning. Pero muy pronto desvió la marcha, en pos del *frogman* número uno de la Marina.

Esta vez. Aldo Manning seguía la orilla del mar, lentamente, también como paseando. Su atlética figura, en *shorts* blancos y camisa de colores, destacaba en el azul del mar, que servía de fondo. Brigitte lo estuvo siguiendo por entre las palmeras durante no menos de veinte minutos.

Al cabo de ese tiempo, Aldo Manning se detuvo junto a unas rocas. Estuvo mirando entre ellas y, por fin, se arrodilló junto a una y empezó a escarbar vigorosamente en la arena. Cinco minutos más tarde, tiraba con fuerza de una cuerda… Y un gran envoltorio de lona apareció poco a poco. Manning desató la cuerda y separó las puntas de la lona. Se quedó mirando el contenido del escondido paquete: cuatro trajes de goma para inmersiones, equipos de aire, sopletes, carga plástica submarina, palanquetas, linternas, brújulas… De todo. Allí había de todo lo necesario para…

—Buenas tardes, capitán Manning.

Aldo Manning se puso en pie de un salto, volviéndose, y se quedó mirando a su inesperada visitante, con ojos desorbitados.

—Señorita Montfort…

—Hola.

—¿Qué… qué hace usted aquí…?

—Salí a pasear.

—Oh, bien… Bueno, usted no debería estar aquí ahora…

—¿Estoy siendo indiscreta, quizá? Imagino que he llegado a un punto que el Mando no admitiría con agrado. ¿Es esto una… operación secreta, capitán Manning?

—Así es… Me pone usted en un aprieto… Debo rogarle que no comunique al coronel Roberts esto que ha visto. Se supone que yo soy el único enterado en toda la base, y este fallo por mi parte

podría ocasionarme disgustos… ¿Qué hace usted?

—He traído un pequeño magnetófono, capitán. Pero le aseguro que no contiene música grabada. ¿Quiere escucharlo, por favor?

Brigitte apretó el botoncito del receptor-grabador y lo dejó sobre la roca, sin dejar de mirar a Manning, que palideció al escuchar su propia voz:

«—Cierra la puerta.

»—¿No vamos a mirar esas fotografías? —Voz de Douglas.

»—No servirán de nada…

»—¿Cómo puedes saberlo, si no las miramos?

Una pequeña pausa. Y de nuevo la voz de Manning:

»—Esto es una locura.

»—¿Y lo dices tú, Aldo? Eres el más indicado para querer llevarla a cabo a toda costa. Bueno… Esto ya está. ¿Esperamos a Ernie y Ray?

»—Será lo mejor. Quiero que todo lo veamos bien, Spencer. Y… tienes razón. Tengo que robar ese torpedo, sea como sea. ¡Tengo que sacarlo de ahí por mis propios medios!

»—Cálmate. Todavía no hemos recibido las instrucciones finales. Ellos nos dirán cuándo debemos sacarlo, y adónde lo tenemos que llevar. Y si lo conseguimos, van a tener una bonita arma… por un precio muy módico.

Un par de minutos de silencio. Un ligero ruido. Y de nuevo la voz de Aldo Manning:

»—Ve a ver si son ellos».

Posiblemente, de no haber sido por el cambio de expresión del palidísimo Aldo Manning, Baby no habría alertado sus oídos hacia el ligero ruidito a sus espaldas. Pero, entre la expresión de Manning y su finísimo oído, tuvo suficiente. Mientras el grabador continuaba dejando oír su contenido, la espía se volvió, velozmente…, a tiempo de esquivar el brazo de Spencer Douglas, que un segundo más tarde se habría cerrado en torno a su cuello, por sorpresa.

En lugar de eso, fue el teniente Spencer Douglas quien se llevó la

sorpresa.

Aquellas manitas tan delicadas parecieron clavarse en su brazo, con la fuerza de unas tenazas. El esbelto cuerpo femenino se colocó delante del suyo, y, de pronto, se dobló con seco tirón hacia delante, lanzando al teniente de la U. S. Navy por encima, hacia la arena, donde cayó de cabeza, rodó y finalmente quedó arrodillado, con la cara llena de arena… y mirando estupefacto a la preciosa damita de dulces ojos azules, que le apuntaba con una pistola diminuta.

—Encantada de tenerlo con nosotros, teniente —sonrió fríamente Baby—. Usted también entra en el juego, según habrá podido oír… ¿Les importa que cierre el aparato?

—Usted… —musitó Manning— usted fue quien colocó aquel micrófono…

—En efecto. ¿Creyeron que habían sido sus amigos, para vigilarlos? Pues no. Fui yo. Y no hace mucho les coloqué otro en su ventana, por medio del lanzamicros… Ahora, van a cargar con todo ese material y volveremos a la base.

—¿Qué piensa hacer? —Gruñó Douglas, incorporándose.

—Entregarlos, naturalmente. ¿Qué creían? En cuanto a su amigo de anoche, olvídenlo. No podrá ayudarles. Sepan que en estos momentos está localizado. Y también el otro, el que se quedó en el coche… Vamos, carguen con todo esto y volvamos a la base. No robarán el torpedo, señores.

—Pero… ¿quién o qué es usted? —alentó apenas Douglas.

—No importa. Lo que sí importa es que ustedes van a pagar muy cara su traición. No envidio su suerte.

Aldo Manning se dejó caer en la arena, en lugar de obedecer a la espía. Quedó como aniquilado, abatido, derrotado.

—La matarán… —musitó—. Sé que la matarán ahora, Spencer…

Douglas se acercó a su amigo, caminando de rodillas por la arena. Le pasó un brazo por los hombros. Parecía que ambos se habían olvidado de la presencia de Brigitte.

—Aldo, no te preocupes… No la matarán… ¿Por qué han de hacerlo? Tú no has podido evitar esto. Además, quizá podamos todavía arreglarlo. Hablaremos con el general Pearson.

—Es inútil —casi sollozó Manning—. Es completamente Inútil, Spencer, lo sé. No cederán. No querrán entregar el torpedo. Ni

siquiera simularlo. Ni aunque yo me ofrezca a arriesgar mi vida a cambio de la de ella…

—¿De qué están ustedes hablando? —musitó Brigitte.

—Cállese —dijo con voz temblorosa de ira el teniente—. ¡Cállese, maldita sea su estampa! ¡La voy a…! Parecía dispuesto a ponerse en pie y atacar a Brigitte, afrontando el peligro de la pistola que la espía empuñaba. Pero Aldo Manning se lo impidió.

—Déjala… Ella está cumpliendo con su deber, Spencer. ¿No la has oído? Es leal… Ha dicho que no quiere que robemos el torpedo… No es de ellos, sino de los nuestros… Está bien, señorita Montfort, iremos con usted a la base. Y puede guardar la pistola, porque no vamos a intentar nada.

Brigitte retrocedió unos pasos, sin dejar de apuntar a los dos hombres. Aldo Manning fue el primero en ponerse en pie y empezar a cargar con parte del contenido de aquel paquete de lona. Douglas estuvo silenciosamente sombrío unos segundos antes de disponerse a ayudarle…

—¿Qué es lo que pasa con ustedes? —susurró Brigitte—. No les entiendo nada de nada…

—¿Qué más da? —dijo sordamente Manning—. Vamos a la base.

—Antes, capitán Manning, dígame exactamente qué es lo que ocurre.

—Eso no va a solucionar nada…

—¡Van a matar a su hija! —aulló Douglas—. ¡Eso es lo que ocurre, señorita Montfort, o quienquiera que sea usted!

Capítulo VI

—¿A la hija de quién? —musitó Brigitte—. ¿Del capitán Manning?

—¡Exactamente! Maldita sea… ¡Usted va a tener la culpa!

—Cállate, Spencer —susurró Manning—. Y volvamos a la base. Le explicaremos todo al coronel. Pero lo haré yo solo. No quiero que vosotros…

—Un momento, capitán Manning —dijo suavemente Brigitte—. No sé si lo he entendido bien… ¿Van a matar a su hija si usted no roba ese torpedo y lo entrega a alguien?

—¡Eso es lo que va a ocurrir! —replicó violentamente Douglas.

—¿Están locos? ¿Están ustedes locos…, los cuatro? ¡Por el amor de Dios…, ¿qué es lo que querían intentar?!

—No es cuenta suya —dijo Manning—. Hablaré con el coronel Ro…

—Siéntese —ordenó Baby—. Siéntese, capitán Manning. Y usted también, teniente.

Los dos hombres la miraron en silencio unos segundos, antes de obedecer. Brigitte todavía los estuvo mirando durante casi un minuto, con los hermosos ojos entornados, brillantes de inteligencia, de astucia. Por fin, se sentó ante los dos oficiales, y, para asombro de éstos, se guardó la pistola en el seno, tranquilamente.

—Y ahora —dijo quedamente— quiero que me digan solamente la verdad. Yo les ayudaré.

—¿Qué…?

—¿Usted…?

—¿Les parece una tontería? —sonrió Baby—. ¿Creen que yo no puedo ayudarles?

—¿A robar el torpedo? —murmuró Douglas.

—A cualquier cosa que sea… justa y humana. Si es necesario, robaremos ese torpedo.

—Usted sí que está loca —farfulló Douglas.

—Menos que ustedes, teniente. Admito que estoy… un poco loca, es cierto… —sonrió—. Pero bastante menos que ustedes. Digamos que, al menos, estoy muy bien preparada para cometer locuras. Díganme toda la verdad, y si yo opino que hay que robar el torpedo, lo robaremos, tienen mi palabra. Y yo jamás falto a mi palabra.

—Pero ¿quién demonios se ha creído que es usted…?

—Calla, Spencer —susurró Manning—. La señorita Montfort es del G-2, nuestro servicio de inteligencia de la Marina… ¿No es así, señorita Montfort?

—Más o menos, capitán —sonrió secamente la agente de la CIA.

—Está bien… Está bien, se lo contaré todo a usted. Al menos, tengo la seguridad de que es de los leales a la Marina, y no ese cochino traidor de la base…

—¿Cuál traidor?

—No lo sabemos. No sabemos quién es. Alguien que me conoce muy bien… Alguien que informó a unos desconocidos respecto a la personalidad del hombre que tripularía el torpedo creado en Top Secret. Y como querían el torpedo, me atacaron por mi punto más débil: raptaron a mi hija. Y me enviaron un mensaje diciéndome que si no robaba el torpedo para ellos, la matarían. ¿No es una simple y tonta historia, señorita Montfort?

—Simple, sí. Pero no tan tonta, capitán Manning… ¿Por qué supone que hay un traidor en la base?

—Me dijeron que no hiciera tonterías, porque ellos lo sabrían enseguida. Y como nadie que no sea de la base puede conocer mis movimientos, la deducción es fácil. Además, esa misma persona debió de ser quien informó a esa gente sobre mí. Seguramente les dijo que yo era el encargado de probar el torpedo… Y como también debió de decirles que metiéndose personalmente conmigo a las buenas o a las malas no iban a conseguir nada, les dijo dónde estaba mi hija, en qué colegio… Y también les dijo que era lo único que yo quería de verdad en el mundo… Entonces, la raptaron del colegio…

—¿Está seguro de eso?

—Me las arreglé para ponerme en contacto con el colegio… Era cierto. Precisamente, se disponían a avisarme que Eveline había

desaparecido. Yo les conté una mentira… Los tranquilicé y dije que la llevaría pronto, que ella se había escapado y que estaba con unos amigos, que me habían avisado a la base…

—¿Todo eso creyeron de una niña de ocho años?

—Siete. Fui… fui muy convincente. Tuve que serlo. Tenía que hacer cualquier cosa para que en la base no supieran que habían raptado a mi hija. Si lo decía, la matarían.

—Pudo hablar con el coronel Roberts…

—¿Y decirle que entregase el torpedo a cambio de mi hija? No, gracias. Sé que el Mando habría buscado una solución… menos cara. Me habrían propuesto una larga serie de cosas, habrían intervenido a su manera… Todo, menos entregar el torpedo, lo sé bien. Y como yo habría hablado y ya no podría robar el torpedo, que sería puesto todavía bajo vigilancia más severa que la actual, esa gente mataría a mi hija…

—¿Se referían a la vida de su hija cuando hablaban del precio que iban a cobrar, y que todos lo iban a disfrutar por igual…?

—No sé… Sí, claro, no podía ser otra cosa… Algunos de mis hombres quieren mucho a Eveline. Especialmente…

—Sé esa historia. Especialmente, Spencer Douglas, Ray Smith y Ernie Parker.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Chester Williams. Estuvimos charlando anoche unos minutos… Y creo que él también habría querido ayudarle, Manning.

—Él es un técnico eléctrico, no un hombre-rana, un hombre de acción… No habría servido de nada su ayuda, y no quise molestarlo.

—Entiendo… Bien, según parece vamos a tener un duro trabajo esta noche, señores: encontrar a ese traidor, que es quien realmente ha vendido el torpedo a unos… desconocidos, y arreglar las cosas de modo que su hija no sufra ningún percance. No es un trabajo fácil, capitán Manning.

—Ya lo sé…

—Pero puede intentarse.

Manning y Douglas se quedaron mirándola.

—¿Intentarlo? ¿Cómo? Si oyó nuestra conversación, ya estará enterada de las dificultades que…

—Esas dificultades existen por el exterior, no por el interior.

Podemos entrar en la sala del torpedo por el *bungalow* número uno.

—Imposible. Y si está pensando que matar a uno solo de esos hombres podría valer…

—¿Quién habla de matar? No todavía, al menos —sonrió Baby fríamente de nuevo—. Las cosas pueden hacerse mucho mejor de lo que ustedes creen. Bajo el agua, capitán, es usted el mejor. Pero con los pies sobre la tierra y para asuntos de esta clase… Permítanme un minuto.

Ante el asombro de los dos hombres, Baby Montfort sacó la radio del bolsito y la accionó.

—¿Simón?

—Hola, Baby.

—¿Siguen ahí los dos?

—Exactamente donde le dije este mediodía.

—¿Está seguro de que los tiene controlados?

—Oiga, encanto: anoche, esos tipos no pasaron por la carretera que yo pensé, de modo que no pude verlos. Me pasé toda la noche buscando ese dichoso coche color crema, y lo encontré a la madrugada… ¿Cree que ahora los voy a dejar escapar?

—No se irrite, querido. Y espere un momento. —Brigitte se dirigió ahora a Manning—. Tengo un amigo vigilando al hombre que habló anoche con usted en el camino del interior. Había otro en el coche, de modo que los dos están a mi disposición. Ahora, capitán, dígame si han de volver a verse usted y el hombre de anoche.

—Sí…

—¿Cuándo?

—Ésta noche, a las diez, precisamente en este lugar, que es donde han venido la madrugada pasada a dejar el equipo.

—A las diez… —Brigitte miró su relojito, frunció el ceño y estuvo pensativa unos segundos antes de volver a hablar con su compañero de la CIA—. Atienda, Simón: quiero que venga a buscarme con el coche, a toda prisa.

—¿A buscarla a Top Secret?

—Exactamente.

—Pero los dos hombres que estoy vigilando…

—No se irán, lo sé.

—Bien… Usted está al mando de esto, nena. Y a fin de cuentas

estoy hablando nada menos que con Baby, ¿no es cierto?

—Es cierto, Simón. Venga a toda velocidad y recójame en el punto… ciento siete del mapa especial del Servicio.

—Salgo como un rayo.

Brigitte guardó la radio y se quedó mirando a los sorprendidos oficiales de la U. S. Navy.

—De acuerdo: entierren estas cosas da nuevo y regresen a la base.

—¿Quién es usted? —musitó Manning.

—Un hada. Hagan lo que les digo.

—¿Confía en nosotros? —preguntó incrédulamente Douglas—. ¿Por qué, señorita Montfort?

—Se lo diré, teniente. Tengo dos ojos y un cerebro. Y, al contrario que muchas personas, sé utilizar muy bien ambos órganos. Puede que ustedes me hayan mentido, ¿por qué no admitirlo? Pero, si así es, lo han hecho tan bien que merecen un premio.

—No le hemos mentido —aseguró Manning.

—Ya lo sé. Entierren eso y márchense. Si preguntan por mí, digan que me han visto paseando por la playa. Sólo eso. No se compliquen la vida dando explicaciones más o menos verosímiles. Digan que me han visto paseando por la playa. Sólo eso. Yo procuraré estar de vuelta antes de las siete y media… Es mucho correr, pero haré lo posible para que no se note mi ausencia durante la cena con el general y el coronel. Hasta luego.

Volvió a mirar su reloj, y se alejó casi corriendo tierra adentro. Los dos oficiales se miraron, tras perderla de vista.

—¿Crees que es del G-2?

—No sé… Y tampoco sé hasta qué punto va a poder ayudarnos esa muchacha. Pero me pregunto ¿qué perdemos?

* * *

Simón abrió la portezuela y Brigitte se sentó a su lado, señalando hacia el frente.

—Vamos a hacerles una visita a nuestros amigos.

—Si han volado, no me culpe a mí, Baby.

—Estarán allí. Tienen que esperar hasta las diez de la noche. Pero vaya a toda velocidad, Simón. Tengo que estar en Top Secret

antes de la cena si es posible.

—Je.

—¿Qué es lo que le hace gracia?

—Pues eso: ¿se cree que esto es un *jet*?

—Pise a fondo. ¿Cómo dijo que se llamaban o se hacían llamar esos tipos? ¿Bert Tower y Pete Fellows?

—Ajá.

—Vamos a hacerles una visita.

Capítulo VII

Cuando sonó la llamada a la puerta, Pete Fellows se sobresaltó y llevó la mano al sobaco izquierdo. Pero, de pronto, sonrió, con la expresión de quien se burla de sí mismo por asustarse cuando no hay motivos.

Así que se acercó a la puerta con absoluta tranquilidad. Miró por el telescopio del centro de la puerta y vio, diminuta y lejos, una mujer. Una mujer morena, esbeltísima, de grandes ojos claros, que sonreía dulcemente, mirando con toda precisión a la lente exterior del telescopio casero.

Pete Fellows abrió la puerta, quizás un poco fruncido el ceño. Pero cuando vio al natural a la mujer, su gesto se alegró visiblemente.

—Lo que siento —dijo, sonriendo—, es que usted se equivoca de puerta, encanto.

La morena alzó las cejas, como desconcertada. Metió la mano en el bolsito, seguramente para sacar la tarjeta con la dirección de la persona que realmente pensaba visitar, y…

—¿Señor Fellows o señor Tower? —inquirió la bella morena.

Fellows palideció ligeramente, mirando aquella pistolita, tan firme en la mano de la muchacha como si estuviese soldada a una barra de acero.

—Yo…

—Camine hacia atrás. Venga, Simón.

Un tipo alto, atlético, rubio, de irónicos ojos grises apareció en escena, procedente de la esquina del pasillo, pistola en mano. Empujó a Fellows con un solo dedo, que pareció, por su dureza, casi una bayoneta… Fellows se vio obligado a retroceder, mirando de una a otro de sus visitantes. El hombre fue quien cerró la puerta, sin dejar de apuntarle. La mujer, siempre procurando estar protegida por el propio Fellows al principio, pareció asombrarse al no ver a

nadie más allí, y optó por adentrarse en el apartamento, silenciosa, atenta…

Cuando regresó, se colocó a un lado de Fellows, le apartó la chaqueta con la pistolita que empuñaba tan firmemente, y le quitó a Fellows la suya, con dos deditos, como asqueada.

—¿Y su compañero? —preguntó.

—¿Qué compañero?

—¿Cómo se llama usted?

—Pete Fellows…

—Muy bien, señor Fellows. Entonces, le estoy preguntando por Bert Tower. ¿Adónde ha ido?

—Cualquiera sabe —dijo burlonamente Fellows. Brigitte miró su relojito y pareció impacientarse.

—Esta bien, está bien… ¿Y la niña? ¿Dónde tienen a la niña, señor Fellows?

—¿Qué niña?

—Eveline Manning. La hija del capitán Aldo Manning.

—Oh, eso… No está aquí.

—Ya lo he comprobado. ¿Dónde está? ¿Y dónde está su compañero?

—Usted parece lista. Averígüelo.

—No tengo tiempo que perder, señor Fellows, se lo advierto.

—Y a mí, ¿qué?

Brigitte quedó pensativa, fruncido el ceño. De pronto, movió la mano derecha, y la pistolita se clavó con duro impacto en plena boca de Fellows, que apenas pudo contener un chillido, saltando hacia atrás y cayendo primero sentado y luego de espaldas, con la boca reventada, sangrando profusamente. Cuando iba a ponerse en pie, uno de los pies de la espía internacional, calzado con suaves sandalias playeras, le dio de lleno en el estómago, justa y precisamente en el centro, con tal acierto y fuerza que el mundo pareció estallar dentro de Pete Fellows por un instante. Enseguida quedó como paralizado, sin aire en los pulmones, lívido el rostro… De no ser por aquella ausencia de aire en los pulmones, habría gritado ahora al ver el nuevo golpe que le preparaba la espía, de nuevo con la pistola.

Pero como no tenía aire en los pulmones, ni siquiera le quedó el consuelo de gritar cuando recibió el golpe sobre una ceja, que se

abrió, se aplastó como si fuese de mantequilla. Inmediatamente, la sangre le cegó un ojo, vio una pared, el techo, otra pared…

Casi inconsciente, oyó:

—Despéjelo, Simón.

Un par de zarpas enormes le sujetaron por la chaqueta y tiraron de él. A través de un tono rojo vio aquella enorme sombra ante él. Y al lado, la graciosa silueta femenina.

—Sigo teniendo prisa, señor Fellows —oyó la fría voz femenina.

—Váyase al…

El puñetazo en el estómago que le propinó el llamado Simón fue, seguramente, lo peor que le había ocurrido en la vida a Pete Fellows hasta aquel momento. Tuvo la sensación brevísima de que se partía en dos al mismo tiempo que su cuerpo se volvía del revés, con las vísceras hacia afuera.

Tuvo la buena fortuna de perder el conocimiento.

Y cuando lo recuperó sólo vio sombras ante él. Sombras que empezaron a concretarse lentamente.

—Ya vuelve en sí.

—Rómpale una pierna, Simón. En cuanto él pueda notarlo.

Pete Fellows notó el golpetazo justo sobre la rodilla, y el intenso dolor lo despejó súbitamente.

Tenía las piernas atadas a un sillón, enfrente del cual lo habían sentado, y el llamado Simón le había pateado allí con tremenda fuerza.

—Tiene los huesos muy duros —comentó Simón.

—Vaya a la cocina. Seguramente encontrará un buen cuchillo, o una hachuela de partir carne. Eso facilitará las cosas.

Pete Fellows no daba crédito a lo que estaba oyendo, a pesar de la absoluta, congelante frialdad de aquella fina voz femenina. Se quedó casi sin respiración, ahora del susto, que era más intenso que el dolor. No… Claro que no… No iban a hacer eso con él…

—Sólo he visto este cuchillo… Pero no creo que sirva para cortarle una pierna.

—Córtele una oreja. Y enseguida la otra.

—Okay.

Ahora sí habría gritado Pete Fellows si aquella mano gigantesca no se hubiese clavado en su garganta, como un cepo brutal. Quiso agitarse defenderse…, pero aquella sola mano era más que

suficiente para inmovilizarlo, después de la corta pero durísima paliza recibida.

—Suéltele la garganta, Simón. Quizás haya comprendido ya que, en efecto, tengo muchísima prisa… ¿Dónde está la niña, señor Fellows?

—En… en un… en un submarino…

—¿Dónde está el submarino?

—No lo sé… ¡Le juro que no lo sé!

—Pero sí debe de saber que será el encargado de recoger el torpedo, ¿no es cierto?

—Sí… ¡Sí, sí!

—¿Dónde y cuándo?

—Esta noche…, a las doce en punto, dos millas al sur de… de la base Top Secret…

—Córtele las orejas, Simón. Está mintiendo.

—¡Estoy diciendo la verdad! —chilló Fellows, aterrorizado.

—¿Sí? ¿Dónde está su compañero?

—Se fue… hace media hora… Quería dejar el coche lejos y llegar a pie…

—Llegar a pie, ¿adónde?

—¡A la playa, cerca de la base!

—¿Para qué?

—Para esperar… al capitán Manning…

—¿Y ya ha ido hacia allí? La cita, señor Fellows, era a las diez, según creo. ¿Por qué ha ido Bert Tower tan pronto hacia allí?

—Ya… ya se lo he dicho… Quería llegar a pie, dejando el coche lejos… Él tiene que ver al capitán Manning, para darle las últimas instrucciones…

—Muy bien Y ahora díganos el nombre del traidor que hay en la base.

—¡No sé quién es!

—Las orejas, Simón. Luego, una mano.

—¡Le juro que no sé quién es! Nosotros no lo sabemos, sólo lo saben los del submarino… Allá está… el jefe, quien nos contrató para esto…, para raptar a la niña de Manning.

—¿Lo hicieron usted y Bert Tower, señor Fellows?

—Sí… ¡Sí!

—¿Y la entregaron a su jefe, sabiendo que la iban a llevar a un

submarino?

—Sí… Lo… lo hicimos…

—Dígame, señor Fellows, ¿qué piensan hacer con la niña cuando ya tengan el torpedo? ¿Dejarla libre o matarla?

—¡Dejarla libre!

—¿Sí? ¿Cómo? ¿Cómo lo harán desde el submarino, señor Fellows?

—No sé… Creo que Manning tendrá que llegar hasta allá con el torpedo, y luego lo dejarán marchar con la niña…

—Mentira —se congeló aún más la voz de Brigitte—. Mentira, señor Fellows. Cuando Manning llegue allá, lo matarán. Y si lo matan a él, la niña se hundirá, jamás podrá llegar sola a la costa. Eso, en el supuesto de que no disparen también contra ella. ¿Es o no es así?

—No… ¡No! ¡Yo no estaré allí, no sé nada, no sé…!

—¿Es usted norteamericano?

—¡Sí!

—Encima, eso. Yo concibo el espionaje, señor Fellows, pero no la traición. Adoro a todos los espías que trabajan en beneficio de su país. Pero cuando me encuentro con un cerdo como usted… Rapta a una niña para que luego la asesinen, traiciona a su patria… ¿Se da cuenta de que es usted una basura que a nadie puede ser útil?

—Les diré todo… ¡Todo!

—Pero si ya nos lo ha dicho, señor Fellows… Y para que vea que somos amables y compasivos le vamos a dejar un cuchillo para que se desate cuando nosotros nos hayamos ido… Y se lo vamos a dejar muy a su alcance… ¿Lo ve? ¡Pues aquí se lo dejo!

Y se lo dejó. Pero clavado en el estómago. Pete Fellows se tensó un instante, antes de emitir un breve ronquido agónico. Luego, la cabeza cayó sobre su pecho, casi tocando el mango del cuchillo.

Simón se quedó mirando a su compañera de misión, ligeramente pálido.

—¿No le ha gustado, Simón?

—Creo… creo que es lo que yo estaba pensando hacer, Baby. Sólo me ha sorprendido su rapidez, su modo decidido de hacerlo.

—Ya he dicho que tengo prisa. Ahora, ocúpese de sacar esta basura del edificio. Sin escándalos, ya sabe. Y lo tira al mar, bien lastrado, o lo esconde donde jamás sea hallado. Luego, acérquese al

punto ochenta y ocho, y espere una posible llamada mía.

—¿Hasta qué hora?

—Las dos de la madrugada. Si para entonces no le he llamado, haga lo que crea que debe hacer.

—De acuerdo. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Regresar a la base… ¿Sólo tenemos un coche?

—Sólo.

—Vaya. —Baby consultó su relojito—. Se está haciendo tarde. Tendrá que llevarme, Simón. Luego, regrese a hacerse cargo de este trabajo.

—Está bien… ¿Piensa decirle a Manning que su hija y él están destinados a…?

—No lo sé… No lo sé, Simón. Todavía no sé lo que le diré a Aldo Manning.

Capítulo VIII

—¿No se queda siquiera unos minutos, señorita Montfort? Conseguimos un aceptable champaña, pero creo que ni el coronel ni yo lo tomaremos sin su estimulante presencia.

Brigitte sonrió amablemente.

—Temo que no puedo quedarme, señores.

—¿Ni siquiera para hacernos más preguntas? Ha sido una cena… muy agitada, diría yo. ¿Se le han terminado sus preguntas?

—No, no, de ninguna manera. Sólo ocurre que las que me quedan no van a contestarlas, por el momento. Además…, el capitán Manning me está esperando.

—¿Aldo? —musitó el coronel Roberts—. Espero que no pensará conseguir de él lo que nosotros no le hemos dicho.

—A decir verdad —sonrió dulcemente Brigitte—, espero que el capitán Manning y yo hablemos de cosas muy… diferentes, coronel.

—Oh… Vaya, señorita Montfort, usted es una mujer llena de sorpresas.

—¿Sorpresas? No me diga que no encuentra atractivo al capitán Manning, coronel.

—Pues no —rió Roberts—. Personalmente, creo que nunca me enamoraría de él.

Brigitte se echó a reír, un poco sonrojada, según les pareció a los dos jefes de la U. S. Navy. Lo que no podían saber de ninguna manera era que aquella dulce criatura podía enrojecer cuando quisiera, sonreír cuando le viniese en gana, y ser, en cualquier momento necesario, la persona más hipócrita del mundo.

—Entonces, coronel, tenemos… gustos diferentes. Bueno, yo… espero que no haya inconveniente en que el capitán Manning y yo demos un paseo después de la cena…

—Ninguno. Pero el capitán Manning deberá madrugar mucho mañana, pues llegará el blanco al punto «Torpedo». Y como espero

que él se retirará muy pronto a descansar, si usted quiere un poco de champaña, el general y yo la estaremos esperando… jugando al ajedrez.

—Lo tendré en cuenta. Hasta luego, señores.

—Buenas noches, señorita Montfort. Ah, otra cosa: mañana, después de la prueba del torpedo, el mayor Sils, usted y yo regresaremos a Washington. Allá, y frente a dos representantes del Secretariado de Defensa, podrá formular algunas preguntas indiscretas. Se contestarán las que sea posible. Y piense que antes de enviar su artículo al Morning News será revisado escrupulosamente.

—Recuerdo muy bien esa clase de instrucciones. Buenas noches.

* * *

Aldo Manning abrió la puerta del *bungalow*. Al fondo, sentado, se veía a Spencer Douglas, que se puso en pie rápidamente al ver a Brigitte, y se acercó.

—Creíamos que nos había olvidado —musitó Manning.

—Ya ve que no. Usted y yo, capitán, vamos a dar un paseo por la playa, ahora. Y bien a la vista de todos. Les he dicho al coronel y al general que estoy… algo enamorada de usted, y nuestra actitud será… la adecuada.

—Tiene un fallo, señorita Montfort —musitó roncamente Manning—. Todos saben aquí que las mujeres no me interesan.

—También saben todos que yo soy muy bonita, capitán Manning… No me haga quedar en mal lugar. Además, supongo que usted quiere recuperar a su hija, ¿no es cierto?

Aldo Manning miró brevemente a Douglas.

—Hasta luego, Spencer.

—Ya me dirás lo que decidís. ¿Cree que conseguiremos algo positivo, señorita Montfort?

—Si ustedes me obedecen, sí.

Los dos oficiales con camisas de colorines cambiaron una mirada.

—Salgamos a pasear —musitó Manning.

Poco después, éste y Brigitte paseaban lentamente por la playa, ya casi anochecido, lleno el cielo de estrellas. La luna, en cuarto

creciente, marcaba un quebrado camino brillante en el mar.

—Estuve a ver a aquellos hombres, capitán. Pero sólo uno de ellos estaba en el apartamento. El otro salió ya hacia aquí, para llegar a pie al lugar convenido y darle las últimas instrucciones. ¿Cuál es ese lugar? Mmm… El mismo donde enterró los equipos, ¿verdad?

—Sí… ¿Estaba…? ¿Vio usted…?

—Su hija no estaba allí. Está en un submarino.

Aldo Manning se detuvo en seco, y cuando se encaró con Brigitte ella vio la intensa lividez del rostro varonil.

—En un submarino —se desalentó Manning.

—Así es. No sé dónde está ahora el submarino, ni de qué nacionalidad es. Mi opinión es que se trata de unos particulares.

—¿Unos… particulares?

—Sí. Gente que se dedica por su cuenta al espionaje en todas sus facetas. En esta ocasión, su negocio consiste en apoderarse de ese torpedo, para venderlo luego al mejor postor. Eso es corriente, capitán.

—No sé… No entiendo de estas cosas… ¡Pero sé que jamás conseguiremos sacar a Eveline de ese submarino!

—Depende de usted.

—¿De mí? —Casi gritó Manning—. ¡Si dependiese de mí…!

—Cálmese. No olvide al traidor que tenemos en la base. Si nos está observando se sorprenderá mueho de su agitación durante este simple paseo de enamorados.

—Sí. —Manning se mordió los labios—. Sí, es cierto… ¿Qué es lo que depende de mí? ¿Qué tengo que hacer yo?

—Por encima de todas las cosas, no aceptar una parte de las condiciones que querrán imponerle. Esa parte será la de llevar usted mismo el torpedo hasta el submarino, para entregarlo allí a cambio de su hija. Eso es lo que le propondrán… Teniendo en cuenta sus condiciones especiales de nadador, se supone que usted va aceptar regresar a la costa, llevando a Eveline.

—Podría hacerlo perfectamente, y…

—Ya sé que podría hacerlo —cortó Brigitte—. Y cosas mucho más difíciles. Pero usted no aceptará esa parte del trato. En realidad, creo que todo es simple: le dirán que saque el torpedo, y que a las doce de la noche tiene que estar dos millas al sur de la

base, para llevarlo hacía el submarino que de un modo u otro se dejará ver por usted. Eso puede aceptarlo. Lo otro, no. Cuando le digan el modo en que van a devolverle a su hija, no acepte. No importa lo que ellos le digan, ni que lo amenacen con matar a la niña. No acepte esa parte del trato. Y proponga su modo de ver las cosas.

—¿Qué… qué modo?

—Primero, usted dirá que quiere saber que su hija está viva… Por tanto, deberá verla, o escuchar su voz, antes de robar el torpedo. Segundo, dirá que la devolución de su hija a cambio del torpedo se efectuará lejos del submarino, a unas doscientas o trescientas yardas. Del siguiente modo: dos hombres del submarino, y la niña, se alejarán del submarino en una balsa hinchable, hacia la playa. En el punto intermedio entre ésta y el submarino, usted los esperará con el torpedo, se lo entregará a cambio de la niña, y ellos lo remolcarán hasta el submarino mientras usted nada hacia la playa con su hija. Tercero: esos dos hombres deberán ir desarmados.

—Es absurdo —casi gimió Manning—. ¡No aceptarán esas condiciones!

—Las aceptarán —sonrió fríamente Brigitte—. Ellos aceptarán todo lo que usted les proponga si a cambio les va a llevar el torpedo. Aceptarán…, al menos, verbalmente. Lo que en realidad piensen hacer, ya es otra cosa. Pero aceptarán. Y dadas las circunstancias lo peor que puede ocurrir es que los dos hombres de la balsa lleguen armados.

—Pero entonces sé que me matarán, y Eveline jamás podría llegar a la playa sola… Sabe nadar muy bien, pero si la distancia…

—También le matarían si llevase el torpedo hasta el submarino.

—Sí, pero… ¡Pero esa gente no piensa cumplir su palabra, no han pensado ni un segundo en devolverme a Eveline…!

—Exactamente, capitán. Mucho me temo que sus proyectos sean matarlo a usted en cuanto llegue junto al submarino con el torpedo; y luego escapar con la niña, quizá convencidos de que no van a atacarles si la tienen a bordo… Lo han previsto todo. Todo excepto mi intervención personal y mental.

—No… no la entiendo… —Aldo Manning casi tartamudeaba—. No soy un cobarde, señorita Montfort, se lo juro. Por mí mismo,

nada me importaría pero…

—Le entiendo. Respecto a su valor, capitán, además de que estoy convencida de él, usted va a tener ocasión de probármelo. Un valor muy especial porque lo que va a estar en juego no es su vida, sino la de su hija. Y para jugarse la vida de su hija, temo que necesitará mucho más valor que para jugarse la propia. Y necesitará también mucha serenidad.

Aldo Manning estuvo silencioso unos segundos Destacaba su pálido rostro a la luz lunar.

—¿Usted va a dirigir esto, señorita Montfort?

—Así es.

—¿Y cree que saldrá bien?

—Con un noventa y cinco por ciento de probabilidades a favor.

—Está bien… Está bien, señorita Montfort. ¿Cuáles son sus instrucciones?

* * *

—Es usted puntual, capitán Manning —dijo el hombre.

Aldo Manning se quedó mirándolo. Ahora sabía que aquel hombre se llamaba, o se hacía llamar, Bert Tower. Y sabía muchas otras cosas a cuál más interesante…

—No puedo perder mucho tiempo, señor. Se supone que estoy descansando en mi *bungalow*, para la prueba de mañana al amanecer.

—De acuerdo, entonces. Nada de perder tiempo. ¿Cree que conseguirá ese torpedo?

—Sí.

—Anoche no parecía usted tan seguro.

—He encontrado el modo. Para una persona de fuera de la base, todo sería imposible. Pero para mí, y contando con la ayuda de tres de mis hombres, es factible. Hoy me he convencido de ello.

—Bien… Espero que sepa lo que hace…, y que no olvide lo que usted tiene en juego, capitán Manning.

—Si lo olvidase —dijo secamente el oficial de la Navy— no robaría ese torpedo para ustedes.

—Claro… Lo comprendo. Fue una buena idea de nuestro informador. Bien, pasemos a lo que interesa… ¿Vio ya los equipos?

¿Merecen su aprobación?

—Completamente.

—Magnífico. Ahora, escuche. Usted robará ese torpedo y se dirigirá con él hacia el Sur, a toda velocidad…

—Si falla un solo detalle de mi plan, en la base sabrán que el torpedo ha salido de su cámara.

—¿Y si no falla ningún detalle?

—Entonces, no lo sabrán.

—Pues cuide de que no falle ese detalle, capitán Manning. Por su bien… y el de su hija. Como le decía, se dirigirá hacia el Sur con el torpedo, no muy lejos de la playa. Pongamos, unas… Un cuarto de milla aproximadamente. A partir del momento en que haya robado el torpedo, hasta las doce, un submarino estará aguardándole. Cuando usted haya recorrido esas dos millas, utilizará su linterna para enviar, mar adentro, una señal en Morse que dirá, simplemente, «torpedo». Otra linterna le contestará, desde el submarino. Entonces, vaya usted hacia allí, entregue el torpedo, y los del submarino le devolverán a su hija. ¿Está comprendido?

—Sí. Pero no acepto las cosas así, señor.

—¿Está loco? —rió secamente Bert Tower—. ¡Tiene que fiarse!

—Hasta cierto punto. Lo que yo quiero es estar seguro de que me devolverán a mi hija.

—Ya le he dicho…

—No me gusta su modo de hacerlo, señor. No me gusta.

—Bien… ¿Se le ocurre otro modo mejor?

—Es posible. Sí, creo que sí…

—Le escucho. Espero que sea razonable, capitán Manning.

—Lo es para mí. Mi hija está en ese submarino, ¿no es cierto?

—Claro.

—Entonces, quiero saber que está viva. Eso, en primer lugar… Y luego, me la devolverán del siguiente modo: dos hombres botarán una balsa de goma y remarán hasta la distancia intermedia entre la playa y el submarino, llevando a mi hija. Nos encontraremos en ese punto. Yo les entrego el torpedo, y ellos me entregan a mi hija. Ellos regresan al submarino remolcando el torpedo, montados sobre él, y yo regreso a la playa en la balsa, con mi hija… Naturalmente, esos hombres irán desarmados.

—¿Está loco? —Gruñó Tower—. ¡No aceptaremos eso! ¿Cómo

podemos saber que usted no irá armado, matará a esos dos hombres y regresará a la playa con el torpedo y con su hija? Es más: incluso podría torpedearnos con esa nueva arma…

—No aceptaré otra cosa.

Bert Tower simuló reflexionar durante no menos de medio minuto. Por fin, asintió sombríamente.

—De acuerdo. Pasaré sus condiciones al submarino ahora mismo. Pero quiero advertirle, Manning, que desde el submarino les estarán observando con luz negra. Apenas haga algo indebido, usted y su hija saltarán en pedazos de un cañonazo.

—Yo sólo quiero que mi hija conserve la vida.

—De acuerdo… ¡De acuerdo! Se hará como usted dice. Eso, suponiendo que acepten los del submarino.

Sacó una radio de bolsillo y la accionó. Era de un tamaño doble al de un paquete de cigarrillos, y su alcance podía calcularse en no menos de setenta a cien millas. Durante unos minutos estuvo pasando la contrapropuesta de Aldo Manning, que fue aceptada en el submarino tras breve deliberación a bordo.

—Aceptado, Manning.

—Quiero oír a mi hija.

—Está bien… Hagan hablar a la niña. Su padre está a la escucha…

Tendió la radio a Manning, que la tomó con manos un tanto temblorosas.

—Eveline… ¿Estás bien?

—¡Papá! ¡No son amigos tuyos! —gritaba la niña. Aldo Manning tragó saliva.

—Sí… Sí, lo son, Eveline, no te preocupes…

—¡Me engañaron! Se presentaron en los jardines del colegio con uniforme de la Navy tuya, y es mentira, porque ahora visten de…

La voz de la niña se cortó bruscamente y en su lugar sonó otra, de hombre:

—Ya ha oído a su hija, capitán Manning. Ahora, proceda. Eso es todo.

La comunicación se cortó. Manning devolvió la radio a Bert Tower.

—Hay otro asunto que quiero dejar bien claro, capitán Manning. Usted y sus hombres estarán vigilados durante la operación. Como

ya habrá comprendido, tenemos un elemento introducido en la base. ¿Por dónde piensan entrar a por el torpedo?

—Por el tubo de salida…

—Estarán vigilando esa zona. Pero ustedes no se preocupen por eso. Sólo hagan su trabajo. Si nuestro colaborador observase algo raro en su comportamiento, me avisaría a mí inmediatamente, por medio de su radio, conectada a la frecuencia de la mía en todo momento a partir del instante en que ustedes empiecen la operación de secuestro del torpedo… ¿Está todo bien claro?

—Sí.

—Pues empiecen cuando quieran… ¿Y sus hombres?

—Esperando a poca distancia de aquí, listos para colocarnos los equipos.

—Vaya a buscarlos. Eso es todo entre nosotros, Manning. Hasta nunca.

Aldo Manning dio media vuelta y se alejó, por la playa. Bert Tower también se alejó, tierra adentro, tras asegurarse de que Manning se iba de allí. Entonces, ya entre las palmeras, sacó de nuevo la radio.

—De nuevo soy yo: «Atlantic-tres». ¿Han pensado en la solución para la propuesta de Manning?

—… .

—Yo lo veo simple —dijo fríamente Bert Tower—. Hagan lo que él pide, pero que esos dos hombres de la balsa vayan armados. Cuando estén seguros de que Manning lleva el torpedo, que lo maten, y también a la niña. Yo regreso junto a «Atlantic-dos», y nos vamos de aquí esta misma noche, al punto convenido. Eso es todo Cerró la radio, la guardó… y se dio cuenta de que algo no estaba bien a su alrededor. Algo que no acababa de asimilar, pero que le inquietaba. Como si hubiese alguien más por allí…

Una sombra pasó ante sus ojos, velozmente. Le pareció que era una hoja de palma… Sí, una de aquellas palmas caídas de las altas palmeras… Fue una visión fugacísima porque, enseguida, el flexible tronco de la palma se incrustó en su garganta, con seco golpe. Bert Tower alzó las manos instintivamente, intentando arrancar de allí aquella presión que tan sólo con el golpe inicial ya le había producido un ligero desvanecimiento. Sus manos resbalaron por la palma, frenéticamente, hasta encontrar las manos que la estaban

apretando contra su cuello, estrangulándolo. Unas manos finas, menudas suavísimas, de uñas ligeramente puntiagudas… Unas manos delicadas, pero cuya fuerza no estaba de acuerdo con aquella delicadeza. Una fuerza firme, tensa, mortal.

Algo pareció estallar en la cabeza de Bert Tower. Luego, brevemente, oyó un zumbido agudísimo, el mundo empezó a girar, todo se ennegreció mucho más…

Brigitte apretó todavía unos cuantos segundos, aunque notaba el peso del cadáver en la palma que había pasado por el cuello de Bert Tower. Luego lo dejó caer al suelo, se acuclilló junto a él y puso dos dedos en su garganta.

—Bien muerto estás, canalla —susurró. Requirió su radio de bolsillo.

—¿Simón?

—Esperando en el punto ochenta y ocho, Baby.

—Venga al punto ciento uno. Encontrará muerto a Bert Tower. Entiérrelo a toda prisa por aquí mismo, en la arena. Luego, haga lo que concretamos antes.

—¿Nada ha variado?

—Nada.

—Voy por ahí.

—Mmm… Un momento, Simón.

—¿Sí?

—Mire… Bert Tower tiene una radio, con la cual se ha estado comunicando con el submarino, y parece ser que está en la frecuencia de onda de la del traidor que hay en la base. Quiero que coja esta radio, y…

* * *

Aldo Manning y los demás se sobresaltaron al aparecer Brigitte ante ellos, junto a las rocas, cuando estaban terminando de equiparse a toda prisa, con los trajes de goma negros, los tubos…

—¿Todo bien? —inquirió la espía.

Douglas, Smith y Parker se quedaron mirándola, en silencio. No acababan de comprender a aquella damita, y se sentían bastante desconcertados. Era tan bonita, tan dulce y sonriente… Y, al mismo tiempo, podía parecer firme y fría como un bloque de acero, como

en aquel momento.

—Todo bien —susurró Manning.

—Asegúrense de que los equipos están en buenas condiciones y que no habrá ningún fallo en ese sentido. Revísenlo todo bien. Y no hablen. Cuando terminen de equiparse, vayan hacia la entrada del tubo del torpedo, para entrar en la sala.

—Esa compuerta no podremos…

Brigitte se quedó mirando a Smith, que era quien había intentado expresar su impotencia para entrar en la sala del torpedo por el tubo de salida.

—He dicho que no hablen, Ray. Eso es todo. Hasta luego. Todo saldrá bien, después del contacto con el submarino por parte de Tower.

Capítulo IX

El marine de vigilancia en el *bungalow* número uno estaba bostezando, aburridísimo. Durante el día, al menos, iba y venía gente y resultaba entretenido. De noche le entraba un sueño atroz, quizá porque estaba convencido de que nada podía ocurrir, y se producía la relajación, la actitud tranquila…

Lo malo era que hacía apenas quince minutos que había entrado de turno. Eso quería decir que hasta las doce tendría que estar allí. Dos horas de aburrimiento y sin poder dormitar.

En esto último estaba equivocado.

Oyó un ligero ruidito en la ventana abierta del *bungalow*, y alzó la cabeza, con la esperanza de que alguien iba a visitarle, y así se distraería Todo lo que vio fue un delgado tubo de aluminio en un ángulo de la ventana. Un tubo que le apuntaba a él. Sólo eso. Tras el primer segundo de sorpresa, quiso incorporarse de la extensible, pero justo entonces notaba el golpecito en el pecho. Un golpecito suavísimo, apenas perceptible. Bajó la cabeza, vio una ligerísima mancha en su camisa… Y notó aquel tenue olor. Olor a… a…

Eso fue todo.

Cayó hacia atrás, quedando cómodamente tendido en la extensible de lona de colores, con la mano derecha cerca de la nevera portátil, de fibra, que contenía las «cocacolas» y la metralleta… Pero dormido tan profundamente como pocos segundos antes había estado deseando.

Y casi al instante, Brigitte Baby Montfort apareció en el *bungalow*, llevando en una mano el tubo de aluminio con el que había disparado la ampolla de gas. Lo dejó en un rincón, abrió su bolsito y sacó una cajita de plástico rígido, que parecía una huevera en miniatura. Una huevera con extraños y diminutos huevos de cristal transparente. Se colocó tres en la palma de la mano izquierda, cerró la cajita y la dejó junto al tubo.

Luego fue a la trampilla, y llamó con la señal convenida, que ya era pura rutina para todos los miembros de la base. Enseguida, la trampilla se alzó un par de pulgadas. Y Brigitte, en lugar de asirla y tirar de ella, metió la mano por la rendija y dejó caer las ampollas. Enseguida se colocó sobre la trampilla, cerrándola completamente. Contó hasta tres, sonrió y se apartó de la trampilla. Abrió, descendió y se quedó mirando, siempre sonriente, el pacífico panorama de nueve hombres durmiendo dulcemente. El gas fulminante de dispersión inmediata había hecho su trabajo.

Ahora, le tocaba a ella.

Subió de nuevo a la planta del *bungalow*, salió de éste y reapareció dos segundos después, llevando un gran paquete, en el cual destacaba la pareja de tubos de aire. Volvió a descender, colocó bien la trampilla y, tras un vistazo al radar y a los demás aparatos, se dirigió a la gran puerta que daba a la sala del torpedo. Si Aldo Manning no se había equivocado, sólo tenía que utilizar los resortes de tal modo que…

Abierta.

Tiró de ella, entró, y se quedó mirando el torpedo. Miró su relojito, frunció el ceño y, con toda naturalidad y tranquilidad, encendió un cigarrillo. Con la misma naturalidad y tranquilidad que si estuviera en su confortable *living*, en el lujosísimo apartamento de la Quinta Avenida de Nueva York. Salió de la sala del torpedo y se dio una vuelta por la de control. Sonrió al ver en la pantalla de radar los cuatro puntitos luminosos que se iban agrandando y juntándose, hasta formar uno solo. El barredor magnético emitía un «bip» cada vez que pasaba sobre ese punto, más y más grande cada vez.

Todo seguía funcionando normalmente allí, sin alarma. Lo único que ocurría era que diez hombres estaban durmiendo apaciblemente.

Tras un minuto de espera, apagó el cigarrillo, regresó a la sala del torpedo y se dirigió a los controles eléctricos. Siempre siguiendo las explicaciones de Manning, apretó el botón señalado con la palabra «*off*». Esperó medio minuto, volvió a apretarlo, y apretó luego el señalado con la palabra «in».

Inmediatamente, la compuerta interior del tubo se abrió y cuatro hombres-rana entraron envueltos en una tromba de agua

impetuosa. Mala suerte, no había sabido hacerlo mejor.

El agua desapareció casi inmediatamente por el sumidero enrejado, y los cuatro hombres se pusieron en pie, tambaleantes, desconcertados, escupiendo agua…

—Lo lamento —dijo Brigitte, sonriendo—. Pero este mecanismo, según parece, funciona de dentro a fuera, no al revés. ¿Están todos bien?

—Por Dios… —jadeó Spencer Douglas—. ¡Lo ha conseguido!

—No hay tiempo para asombrarse. Procedamos.

—¿Qué ha ocurrido con los diez hombres que…?

—Están durmiendo, capitán Manning. No tema por ellos… Si no lo cree y quiere perder tiempo, salga a control y al *bungalow*, a verlos. Pero decídase pronto.

—La creo.

—Entonces, quítese los tubos y pase al torpedo. Spencer, ¿está seguro de que sabrá lanzarlo?

—Aldo me lo ha explicado muy bien.

—De acuerdo. Ayúdelo. Ray, Ernie, vengan a ayudarme.

Se quitó la falda y el jersey, tirando a un lado las zapatillas deportivas. Quedó en bikini ante los atónitos marines, que a una enérgica seña de la espía se apresuraron a ayudarla a colocarse el traje de goma que ella misma había llevado al *bungalow* y sus secretos sótanos blindados. Mientras tanto, Manning, ayudado por Douglas, se había desprendido de los tubos de aire y los estaba colocando en el interior del torpedo, cuya carlinga metálica había sido abierta. Luego se colocó Manning en uno de los asientos, teniendo delante el par de tubos, las aletas y los lentes.

—¿Cierro, Aldo? —musitó Douglas.

—Cierra. ¿Lo recuerdas todo bien?

—Sí… Sí, estoy seguro.

—Adelante… —Se volvió hacia Brigitte—. Buena suerte, señorita Montfort…

—La tendremos. Entre ya.

Se oyó el seco chasquido de la carlinga al cerrarse, y el torpedo quedó de nuevo convertido en un tubo brillante. Dentro, un hombre.

Brigitte acabó de colocarse los tubos, siempre ayudada por los dos marines. Spencer Douglas había apretado un botón del teclado

de mandos, y el torpedo se estaba deslizando hacia el tubo de lanzamiento. Justo cuando Brigitte daba por terminados sus preparativos, el arma quedaba en el tubo, casi en el extremo de salida.

—¿El cable? —preguntó Brigitte.

Ernie desenrolló el fino cable de nylon y tendió un extremo a Brigitte y otro a Smith. Brigitte se anudó el cable al cinturón de plomos y Smith lo ató a la anilla izquierda de la cola del torpedo, dejando a Brigitte ligada sólidamente al artefacto bélico.

—¿El transportín subacuático?

—Abajo, en la salida, lastrado.

—Bien.

Se acercó al paquete y cogió la pistola acuática, con un tubo de unas diez pulgadas en la punta.

Recogió también un estuche de plástico, con seis arpones finísimos, brillantes, y aseguró ambas cosas en su cinturón.

—¿Está fijado el torpedo en las guías, Spencer?

—Sí…

—Pues vamos a salir. Adelante, Spencer. Esto se va a inundar.

—Si todo sale bien, nosotros lo arreglaremos con mucho gusto —intentó bromear Ray Smith—. Sólo habrá que entrar por el tubo, cerrar las compuertas, dejar que el agua salga y repasar un poco los controles.

—¿Ya? —dijo Spencer.

Brigitte, Smith y Parker estaban pegados a la pared metálica, junto al orificio de salida del torpedo.

—Ya.

Spencer Douglas pulsó el botón con la indicación «*off*», saltando enseguida junto a Ernie a uno de los lados del tubo. La tromba de agua entró a toda presión, mientras los cuatro se colocaban rápidamente las boquillas del tubo del aire. En menos de veinte segundos, la gran sala del torpedo quedó inundada completamente. Enseguida, cuatro haces de luz atravesaron la negrura tenebrosa del agua. Spencer nadó hasta los controles y desconectó la fijación del torpedo a las guías del tubo de salida. Luego, los cuatro entraron en el tubo. Smith se acercó al torpedo y golpeó sobre la cola, con la hoja del cuchillo, por tres veces.

Luego, retrocedió hasta donde estaban los demás. Cinco

segundos después una andanada de espuma blanca iba hacia ellos, con gran fuerza… Hubo como una succión, un remolino, un impacto luego, que los empujó de nuevo a la sala. Pero apenas un par de segundos más tardé Brigitte notó el tirón en el cable y se vio arrastrada, a velocidad moderada.

Apagó su linterna, la colgó por la anilla de su cinto y adaptó sus movimientos a la marcha de arrastre. Salieron enseguida del tubo, y los demás apagaron también sus linternas, tras iluminar por un instante el transportín subacuático. El torpedo se había detenido, y Brigitte se sumergió hasta el fondo, en busca del transportín. Se colocó sobre él boca abajo, se ató el cinturón a la espalda y dio un tirón del fino pero solidísimo cable. Más arriba, Smith notó el tirón y se acercó entonces al torpedo. Volvió a golpear, ahora sobre la carlinga. Acto seguido, él, Parker y Douglas subían a la superficie, mientras, abajo, Baby Montfort colocaba adecuadamente los alerones del transportín, de modo que se mantendría siempre entre dos aguas, siguiendo la veloz marcha del torpedo, arrastrada por éste.

En la superficie, Aldo Manning había descorrido la carlinga. La dejó así, y sus amigos se asieron al borde metálico.

—¿Ha salido todo bien? —preguntó ansiosamente Manning.

—Perfecto —musitó Douglas, jadeando—. Ella está lista para cuando tú quieras, Aldo.

—Bien… Vámonos dos millas hacia el sur. Agarraos con fuerza, aunque no pienso correr demasiado, pues tenemos tiempo. Esa muchacha es… extraordinaria. Y no creo que sea del G-2.

El torpedo se puso en marcha, por superficie completamente, dejando atrás una estela de espuma, brillando a la luz de la luna…

* * *

Y tendido de bruces sobre las rocas, un hombre estaba hablando por una radio del tamaño doble al de un paquete de cigarrillos.

—Aquí, «Atlantic-uno»… Es fabuloso: ¡lo han conseguido!

—¿…?

—No, no… Sin alarma de ninguna clase… Todo está tranquilo y normal. No sé cómo lo han hecho, cómo lo han logrado, pero no seré yo quien se acerque ahora al *bungalow* número uno. Me

retiro… ¿Estáis todos en el submarino?

—… .

—Magnífico. Nos veremos dentro de dos meses, en el punto convenido… Y no olvidéis mi parte. Esto no ha sido fácil. Hubo momentos en que me pareció notar algo raro…

—… .

—No, no… Nada. Todo ha salido bien. Sólo tenéis que esperar la señal… Ah, otra cosa: Manning va con sus tres amigos. No creo que los lleve con él hasta el submarino, los dejará en alguna playa… Pero si los lleva, matadlos también. Eso es todo.

Capítulo X

Tras dejar a sus amigos en la playa a dos millas al sur de la base, Aldo Manning había navegado en el torpedo hasta un cuarto de milla mar adentro. Una vez allí detuvo el artefacto y lanzó la señal convenida con la linterna.

Inmediatamente, vio la respuesta, a una distancia que calculó en otro cuarto de milla.

Sabía que tenía que esperar el tiempo que dos hombres tardasen en remar aquella distancia. Más o menos, el tiempo justo para colocarse los tubos, las aletas, los lentes… El torpedo se mecía suavemente sobre las negras aguas quebradas en color plata. Sólo se oía el rumor del mar, de modo que Aldo Manning empezó a sentirse en verdad preocupado. Miró a su alrededor, pero no vio señal alguna que calmase su intranquilidad…

En menos de dos minutos, tuvo la balsa de goma al alcance de su vista. Iban dos hombres en ella. Y entre ellos su hija, la pequeña y pecosa Eveline, la única alegría que Aldo Manning tenía en el mundo. Notó un enorme nudo en la garganta y sus manos se crisparon con fuerza… Pero permaneció inmóvil, inalterable, notando el frío en el rostro, agarrotado el cuello…

—¡Capitán Manning!

—¡Aquí estoy!

—¡Papá! ¡Papá, quiero ir contigo, quiero ir contigo…!

—¡No se mueva de donde está, capitán Manning!

El oficial de la U. S. Navy apenas podía contener su temblor. La voz de su pequeña Eveline había sido como un impacto definitivo para sus nervios. Pero tenía que conservar la serenidad… Eso era: tenía que ser tan frío como la señorita Montfort, tan impávido…

La balsa quedó por fin como rebotando sobre las aguas, a unas cinco yardas del torpedo. Eveline llamaba sin cesar a su padre, y éste se incorporó en el asiento casi horizontal del torpedo.

—¡Está bien! —gritó—. ¡Aquí lo tienen! ¡Vengan a buscarlo y déjenme ir a la balsa!

—¡Venga usted, Manning! ¡Aléjese del torpedo!

Aldo se deslizó hasta el agua, y enseguida dio unas brazadas hacia la balsa, hacia la gimoteante Eveline, que tendía los bracitos hacia el *frogman* número uno de la Marina de los Estados Unidos. De pronto, uno de los hombres gritó:

—¿Quiere a su hija, Manning? ¡Pues aquí la tiene!

Eveline Manning salió violentamente despedida de la balsa, en dirección a su padre. Al mismo tiempo, el otro hombre alzaba la metralleta hacia padre e hija…

¡Fssss… tok!

—¡Auggg!

Tras el breve silbido, el golpe de hierro contra carne. Luego, el grito agónico del hombre de la metralleta, que salió impulsado hacia el mar, con un fino arpón clavado en la espalda, a la altura del corazón, en el punto exacto.

—¡Carlo! —gritó el otro—. ¿Qué…?

Había empezado a inclinarse para recoger su metralleta y disparar contra los Manning cuando oyó todo aquello y su compañero pasó ante él, con el dardo clavado en la espalda y cayó al agua. Se incorporó, sobresaltado, desconcertado… Vio a su compañero hundirse, y durante un par de segundos quedó estupefacto, sin comprender… De pronto, se inclinó, recogió la metralleta, gritando, y apuntó hacia los Manning… Es decir, hacia donde había visto a los Manning tres segundos antes. Ya no estaban.

—Pero…

Notó el movimiento del agua a su izquierda, vio algo brillante… Empezó a girar, para encarar la metralleta hacia allí…

¡Fsss… tok!

El hombre soltó la metralleta, y sus manos se crisparon en el delgado arpón plateado que sobresalía unas ocho pulgadas sobre su pecho… Pero sólo fue un movimiento reflejo, una última contracción nerviosa, instintiva, porque aquel arpón se había clavado en su corazón, empujándolo hacia atrás suavemente, por el impacto de la afilada penetración… Quedó tendido en la balsa, cara al cielo, con los ojos abiertos…

Pero no pudo ver el rostro que asomó cautamente por un lado de

la balsa, llevando una pistola acuática en la mano derecha, con otro arpón listo para ser disparado.

No era necesario.

Brigitte tiró la pistola dentro de la balsa y subió de un ágil tirón, escupiendo la boquilla del aire.

—¡Manning! ¡¡¡Manning!!!

Una sombra se apartó del torpedo, desde el otro lado. A la luz de la luna, Baby pudo ver a Aldo Manning, nadando vigorosamente hacia la balsa, con su hija en brazos y sosteniendo la boquilla del aire en la boca de la niña.

—¡Aquí! —jadeó—. ¡Aquí, Brigitte!

Llegó junto a la lancha, y Brigitte subió a la niña tras quitar la boquilla de sus encajados dientes. Eveline empezó a toser, a gritar, a llorar, a llamar a su padre…

Un fogonazo brilló a lo lejos… y casi al instante un surtidor de agua se formó a menos de cincuenta yardas de la balsa.

—¡Nos están viendo con la luz negra! ¡Lo han visto todo! —gritó Brigitte—. ¡Llévese a su hija hacia la playa!

—¡Llévela usted!

—¡Está loco! ¡No podría llegar con la balsa, y para llevar a la niña…!

—¡Usted puede hacerlo, Brigitte! ¡Puede y sabe cómo hacerlo…! ¡Llévela!

Otro fogonazo, y otro surtidor de agua, esta vez a la mitad de la distancia anterior. Una tromba de agua cayó sobre ellos, y la balsa se zarandeó, se agitó…

—¡Papá! ¡Papá, quiero ir contigo!.

—¡Enseguida vuelvo, Eveline!

Se alejó de la lancha, nadando con todas sus fuerzas hacia el torpedo, desprendiéndose de los tubos que dejó caer al fondo del mar. Brigitte ni siquiera esperó a verlo saltar sobre el artefacto. Colocó la boquilla del aire en la boca de Eveline, la sujetó con fuerza por la cintura, muy pegada a ella y saltó al agua…

Aldo Manning estaba subiendo al torpedo, con la cabeza vuelta hacia la balsa, cuando el siguiente cañonazo ligero dio a menos de cuarenta pies del torpedo, que pareció hundirse, arrastrando a su tan escogido y seleccionado tripulante… Pero volvió a salir a flote inmediatamente, y Aldo Manning, todavía sujeto con todas sus

fuerzas al borde de la carlinga, se alzó de un tirón y se colocó en el asiento.

—Ahora… Ahora veréis…

Detrás del torpedo brotó una masa de espuma blanquísima, de tono lívido a la luz lunar, y la nueva arma U. S. A. salió disparada hacia el lugar donde en aquel momento brillaba otro fogonazo… El impacto se produjo apenas cinco yardas por detrás del torpedo. Un segundo de retraso en la marcha de éste y habría sido acertado de lleno.

Pero la distancia se iba reduciendo rápidamente entre el torpedo y el submarino… Doscientas yardas… Ciento cincuenta… Cien… Setenta y cinco…

—¡Va torpedo! —aulló Manning Oprimió el botón. El torpedo sufrió una suave sacudida, se detuvo… Por delante de Aldo Manning un objeto brillante, casi blanco, salió a toda velocidad, directo hacia el submarino… La cola se desprendió, y el motor eléctrico auxiliar quedó en disposición de funcionar…

Y en este mismo momento, el último cañonazo del submarino reventaba el agua a veinte pies de la última fracción del torpedo.

* * *

La totalidad de la dotación del campamento Top Secret estaba en la playa, tras saltar precipitadamente de sus bicicletas, que quedaron tiradas por la arena, entre las palmeras… Cuarenta hombres se arremolinaban en torno al general Pearson y el coronel Roberts, que se volvía excitado hacia el desconocido que había aparecido cinco minutos antes en su *bungalow*.

—¡Ustedes están locos! —gritó Roberts.

El tipo alto, rubio y de irónicos ojos grises encogió los hombros, sin molestarse en replicar.

—Han dejado de disparar —murmuró el general.

—Deben de estar sumergiéndose… ¡Y seguro que se llevan el torpedo! ¡Los prismáticos!

Un marine se los tendió, y Roberts se los quitó de un manotazo. Cierto: el submarino se estaba sumergiendo. Lo veía muy bien, con los prismáticos y gracias a la luz de la luna. Se sumergía lentamente.

—¡Burke, la radio…! ¡Avise inmediatamente a los Guardacostas para que se presenten en este lugar!

—¡Sí, señor!

—¡A toda máquina, que controlen esta zona en doscientas millas a la redonda! ¡No se llevarán el torpedo tan tranquilamente!

El «radio» del campamento empezó a cursar las órdenes del coronel Roberts, que estuvo todavía unos segundos mirando el submarino, mientras éste desaparecía bajo las aguas, sin que el marino hubiese podido identificarlo.

Cuando ya no podía verlo, bajó los prismáticos y se quedó mirando a los tres hombres-rana de la Marina, pero sin el traje de goma de la Marina, que estaban ante él mirando hacia el mar.

—¡Teniente Douglas! ¿Cómo se les ocurrió intentar semejante locura, semejante…? ¡Arréstenlos! ¡A los tres!

Unos cuantos marines rodearon a los *frogmen*, que no les hicieron el menor caso. Sus miradas estaban fijas en el mar, con expresión de espanto, de pena…

—¡Simón!

El grito llegó de la orilla del mar, por encima del rumor de éste. Un grito fuerte, palpitante de cansancio… El hombre que había aparecido en el *bungalow* del coronel Roberts echó a correr hacia el mar, chapoteando con sus elegantes y serios zapatos negros en la espumosa agua… Los tres *frogmen* también corrieron hacia allí, seguidos de los marines…

El coronel Roberts quedó un poco pálido cuando el teniente Spencer Douglas se colocó ante él, con aquella niña en brazos, que también querían sostener el cabo Ray Smith y el marine Ernie Parker. Ray Smith estaba llorando como un niño, con todas sus fuerzas. Simón sostenía a la «señorita Montfort», que parecía a punto de desfallecer…

—Está bien —dijo roncamente Roberts—. ¿Qué esperan para atender a esta niña y a la señorita Montfort? ¡Vayan a por mantas, o lo que sea…! ¡Inmediatamente!

Simón dejó de sostener a Brigitte, se quitó la chaqueta y la tendió a Ernie Parker, que, ayudado por el lloroso Ray Smith, envolvieron con ella a la niña lo mejor posible, mientras Douglas la sostenía en sus brazos.

—Ella está bien —decía Brigitte—. Está bien, de veras. Sólo muy

asustada y cansada… Manténganla abrigada, sin moverla. En menos de un par de minutos estará bien. Y no se la lleven. Tiene que esperar a su padre.

—Ustedes… ustedes están locos —murmuró Roberts, roncamente, señalando a Simón—. Si lo que me he contado este hombre es cierto…, ¡ustedes están locos! ¿Acaso cree que Aldo Manning va a regresar? ¿No ha visto los cañonazos? ¡Ese submarino ha escapado, con el torpedo…!

—¿Por qué no se calla, mi coronel? —sugirió amablemente Brigitte—. Da la impresión de que no confía gran cosa en su número uno para casos como éste.

—¡Pero todo se ha hecho mal…! ¡Están locos!

—Ernie, Ray, recojan sus tubos y volvamos al agua. Hay que encontrar a Aldo.

—¡Están arrestados! —exclamó Roberts—. Además, ¿qué esperan encontrar? ¡No irán a ninguna…! Notó la presión en un brazo, se volvió y vio los ojos del general Pearson fijos en él.

—Autorícelos, coronel, por favor.

—Pero, señor…

—No se pierde nada.

—Está bien.

Ernie y Ray corrieron hacia sus equipos. Irían con el menor peso posible, para desplazarse más rápidamente: sin arpones, sin plomos… Pero sí las linternas…

—Quiero ir con mi papá…

Brigitte se acercó a la niña, que se recuperaba rápidamente.

—Él vendrá enseguida, Eveline, ya verás. ¿Tú sabías que es el mejor hombre-rana de toda la U. S. Navy? Te aseguro que no tardará en volver. Es muy valiente tu papá, Eveline… Tú no lo has visto pero yo sí. A pesar de que le disparaban, ha llevado un torpedo hasta esos hombres malos que te engañaron… ¿No te parece que es muy valiente?

—Lo han matado… Lo han matado…

—No, no… —Intentó reír Brigitte—. ¿Tú no crees que tu papá es el mejor nadador del mundo? Mira, antes de que hayas contado hasta mil, él volverá… ¿Sabes contar hasta mil? Vamos a empezar: uno, dos, tres, cuat…

—¡Brigitte! —gritó Simón—. ¡En la playa!

—¿Ves? —sonrió Brigitte—. ¡Ni siquiera hemos llegado a cinco!

Ernie Parker, Ray Smith, Simón y algunos marines habían corrido hacia la playa, directos hacia aquella sombra oscura que estaba luchando para ponerse en pie en la arena… Las manos amigas lo sacaron del agua, arrastrándolo hacia la orilla.

—Estoy… estoy bien… Estoy bien… Eveline… Ernie, quiero ver a mi hija… Si ha… si ha llegado… con… con…

Ernie y Ray lo llevaban ya hacia donde estaban Spencer y Brigitte, que acudían a su encuentro.

—¡Papá, papá, has vuelto…!

Aldo Manning se abrazó a Spencer Douglas, pillando entre ambos a Eveline, que rodeaba con sus bracitos el cuello de Manning, cuyo poderoso torso se agitaba cada vez más acompasadamente, evidenciando sus asombrosas facultades físicas y su no menos asombrosa facilidad para la recuperación.

—¿Está bien, Manning?

Aldo Manning quitó a su hija de los brazos de Douglas y se quedó con ella, que no soltaba su cuello por nada.

—Sí, señor… Estoy bien. Todos estamos bien, menos ellos. Señaló con la barbilla hacia el mar.

—¿Ellos? Han escapado, Manning.

—No… No, señor… Les di de lleno en la zona neutra. No han escapado.

—¿Quiere decir que…? ¡He visto sumergirse ese submarino!

—Lo ha visto hundirse, señor. Les di de lleno. Y el torpedo… es un completo éxito, señor, se lo aseguro. Además, hemos demostrado que un hombre bien entrenado puede hacer milagros con esa arma.

—Está delirando… Está agotado, Manning. No sabe lo que está dicien…

Una explosión sorda llegó hasta la playa. Mar adentro, se alzó una enorme nube de espuma blanca, roja y negra… Josuah Roberts alzó rápidamente los prismáticos… A los pocos segundos, una masa negra, alargada, salía impetuosamente a la superficie y quedaba tendida de lado sobre las aguas agitadas de blanca espuma…

—¡Va torpedo! —aulló Ray Smith.

El coronel Roberts se quedó mirando fijamente a Aldo Manning, que sonrió como un niño, acariciando la mojada cabeza de su hija.

—Parece que sé manejar esa cosa, señor.

—No sé cómo acabará esto, Manning —musitó el coronel—. Espero que el general Pearson me ayude a presentar los hechos de un modo… conveniente. Pero no sé cómo acabará todo, a pesar de que el torpedo haya sido un éxito.

—Y precisamente contra unos espías —intervino Brigitte—. Por cierto, coronel, que falta el último hombre del grupo… El traidor que tiene en su base.

—No puedo creerlo… ¡No puedo creerlo!

—¿Acaso no se lo expliqué bien? —Gruñó Simón.

—Sí, pero… No sé… Quisiera que no fuese cierto. Quisiera que todo fuese una falsa alarma, y que no encontrasen a ningún traidor en mi base…

—Pues lo encontraremos, coronel. Y de un modo muy simple. ¿Están aquí todos los hombres de Top Secret?

—Sí…

—Muy bien. Volvamos a la base, quédense todos en un solo *bungalow*, y antes de una hora yo les diré quién es el traidor.

—¿Cómo… cómo podrá saber eso?

—Muy sencillo… ¿Tiene la radio de Tower, Simón?

—Claro.

La tendió a Brigitte, que la mostró en alto.

—La usaré para hacer una llamada en la base, recorriendo los *bungalows*. En uno de esos *bungalows* hay otra radio igual que ésta, conectada a la misma frecuencia. En el supuesto de que esté bien escondida, no importará, si no ha sido desconectada, porque se oirán unos cortos zumbidos de llamada… Encontraremos esa radio. Y en el *bungalow* que la encontremos, encontraremos también al traidor. ¿Vamos? No tardaremos mucho en…

—¡Eh! —gritó Simón—. ¿Adónde va usted?

Un hombre se había separado del grupo y corría tierra adentro, hacia las palmeras. Y antes de que nadie empezase a perseguirlo, Brigitte recogió uno de los fusiles cargados con arpón que habían llevado los amigos de Manning y disparó. El hombre lanzó un alarido cuando el arpón se clavó en su muslo derecho. Cayó de bruces en la arena, pero cuando Brigitte llegó ante él, seguida por los demás, ya se había vuelto, crispado el rostro por el dolor.

—Mi pierna… Mi pierna…

—¡Déjeme que lo mate! —chillaba Ray Smith—. ¡Déjeme que lo

haga pedazos, como a los cerdos…! Varios marines se interpusieron entre el herido y Spencer Douglas, Ernie Parker y Ray Smith, que seguramente, en efecto, lo habrían hecho pedazos.

—¿Por cuánto ha hecho todo esto, señor Williams? —musitó Brigitte—. ¿Cien, doscientos…, quinientos mil dólares? ¿Un millón, quizá?

—Mi pierna…

—¿Creía que podría llegar antes que los demás, para sacar la radio de su *bungalow*, señor Williams? ¡Qué inocente es usted! ¿No ha podido comprender que eso era precisamente lo que yo estaba esperando? Quien fuese el traidor, tenía que intentarlo.

—Chester —musitó Manning, siempre con Eveline en brazos—. ¿Tú has podido…, has podido…?

—¡Eran quinientos mil dólares! —aulló Chester Williams.

—Me das pena… Una auténtica pena. Y me produces una gran tristeza, Chester.

—Olvídelo —aconsejó Brigitte—. Y piense solamente en hombres como Ray Smith, Ernie Parker, Spencer Douglas… Ésas son las personas a las que hay que recordar.

—Ésas… y usted —susurró Aldo Manning.

Este es el final

—Hola —sonrió Brigitte, estirándose voluptuosamente en el sofá, con lo que los ojos de su visitante brillaron muy expresivos—. ¿Cómo está, tío Charlie?

—Como siempre. Le traigo buenas noticias.

—¿De veras? —Brigitte se arregló coquetamente el salto de cama—. Espero que sea cierto, para venir antes del desayuno. Estaba leyendo un libro de…

—Aldo Manning ni siquiera será juzgado. Ni sus compañeros de… locura. Parece ser que van a felicitarlo por su valor.

—¡De verdad que es una buena noticia! —exclamó Brigitte—. ¡Es usted un encanto, tío Charlie!

—Eso los de la Central, que, a petición de usted, han arreglado las cosas con sus influencias. La CIA, hijita, tiene una fuerza tremenda.

—Lo cual es estupendo cuando se sabe utilizar… ¿Qué es eso?

—Un sobre para usted. Ha llegado a la central de la CIA, y de allá me lo han remitido. Viene a su nombre.

Brigitte abrió el sobre y sacó dos fotografías. En una de ellas, con uniforme de gala, estaban Ernie Parker, Ray Smith, Spencer Douglas y Aldo Manning. La dedicatoria era corta, pero expresiva: «Nuestras vidas a su servicio». La otra foto era de Eveline, que sonreía graciosamente, como si nada hubiera pasado. Y la dedicatoria decía: «A tía Brigitte, que la quiero mucho, mucho, mucho… Eveline».

—Je, je —rió Charles Pitzer, jefe directo de la más astuta e implacable espía del mundo—. ¡Ahora tendré que llamarla tía Brigitte! ¡Qué bueno!

—Me estoy haciendo vieja —suspiró Brigitte—. ¿Tiene la bondad de dejarme sola, tío Charlie? Derramaré unas cuantas lágrimas de tristeza y seguiré leyendo mi libro.

—Ah, el libro… ¿De qué decía que trata?

—De espionaje —sonrió dulcemente la espía de lujo—. Y yo me pregunto, tío Charlie…, ¿por qué será que me gustan tanto los libros de espionaje?

FIN